
Luis Amaya



ENTREVISTA
M X Y Z P T L K
W X Λ Σ Ъ Ц Г К

PRIMERA PARTE

Dedicado a ti, **Idaira**,
hija de hija nacida el 30 de enero de 2015
en Ciudad de Panamá.

Y lo hago con la esperanza
y el deseo de que en algún rincón
de estas páginas puedas encontrar respuesta
a alguna de las dudas existenciales
que la visita de **Neptuno**, **Venus** y **Marte**
en la Casa XII, bajo el signo de **Acuario**,
te auguran.

Aunque **Júpiter** en **Leo** y el **Sol**
de **Capricornio** te abran las puertas
hacia un positivo crecimiento personal,
recuerda: TU serás, en cada Presente,
la única dueña de tu Futuro.

Luis Amaya

MXYZPTLK

ENTREVISTA

amaluc52@gmail.com

PRIMERA PARTE

PREFACIO

*Como la hiedra,
vamos fijando raíces
a lo largo de nuestras vidas;
olvidando, a veces,
nuestro origen lejano.*

*Reptamos por caminos propicios,
huyendo de la oscuridad.
Persiguiendo una luz que no vemos
... pero intuimos.*

WXYZPTLK

Ya me habían hablado del Sr. Mxyzptlk, mucho antes de que tuviera la oportunidad de establecer con él esta serie de diálogos. Sabía de su existencia y estaba al tanto de su parabólica manera de explicar conceptos que transmigran constantemente entre lo divino y humano. Reconozco que he atrasado este encuentro; nada menos que 62 años, sin atreverme a enfrentar su especial forma de ver la vida, aunque quiero suponer que todo pasa en su justo momento: cuando la madurez permite arrancar la fruta sin causarle daño al árbol, cuando las dudas no encuentran réplica en lo cotidiano.

No fue hasta 2014. Apareció en mi vida de forma imprevista; un día 30 de octubre tocó a mi puerta y, con su peculiar manera de escarbar en la piel a través de la palabra, me invitó a entrar en su mundo de paradojas e irreverencias, de preguntas que responden a preguntas como boomerang que nos devuelve multiplicada la fuerza. No se planteaba una entrevista al uso donde el entrevistado se limita a contestar de la forma más racional

posible, donde los personajes enfrentados asumen cada uno su rol, donde el periodista lleva la batuta y establece la secuencia.

Mxyzptlk no tiene secuencia, con la primera respuesta parte en dos la batuta y elimina cualquier posible guión, navegando a placer por sus propios contenidos. Entrevistarle va más allá de cualquier conversación pactada: viaja a gusto entre lo profano y lo sagrado, apoyando su argumento en silogismos, citas, paradojas y buscadas contradicciones que saca de su chistera cual mago entretenido en sorprender a su interlocutor. Aun así, desmenuza la pregunta y llega hondo con su respuesta, hurgando el alma y quebrando certezas.

No esperen encontrar a un filósofo, ni a un científico, ni mucho menos a un místico religioso; sino a alguien que plantea respuestas con herramientas cotidianas conociendo, de antemano, la limitación del lenguaje a la hora de expresar ideas profundas. Como él diría, de vencer las ataduras de Furyu Monji.

Si deciden leerlo, mi consejo es que no se lo tomen muy en serio (él tampoco lo hace) y que se dejen arrastrar por ese río de palabras sin aparente sentido que parecen —sólo parecen— no encontrar su destino.

Ya me habían hablado del Sr. Mxyzptlk.

LUIS AMAYA

En Las Palmas de Gran Canaria
a 30 de enero de 2015

Nacemos,
con la misma libertad
que tiene el vacío
para ser llenado,
o el blanco papel
para ser escrito.
Transitamos por la vida
en busca de dueños.

Y así vagamos,
de eslabón en eslabón.
Anhelando
nuevas ataduras:
hacia personas, objetos, ideas...

Hasta que, al fin,
nos sentimos libres.
Y es entonces,
cuando comenzamos
a ser esclavos.
Pero ahora,
... de nosotros mismos.

Dulce esclavitud.
La que funde
al Señor y al Siervo
... en un sólo Ser.

WXYZPTLK

—El Sr. Mxyzptlk, supongo.

¿Me permite que le hable de tú?

¿Seguiré siendo Yo aunque me llames Tú?

—No creo que un simple pronombre influya en la identidad de la persona.

Influye en como el YO se ve a sí mismo. Ese frágil reflejo al que llamamos ego y que depende de cómo nos ven los demás. Digo esto porque si no existieras Tú, Yo no tendría sentido. De hecho, hay quien dice que Dios creó a los hombres para poder ser Él. El formalismo se disfraza de 'simple pronombre' para descubrir nuestras inseguridades.

En el fondo, es un problema de identidad. Como diría Carol en boca de Alicia: Sé quién soy ahora, pero no tengo ni idea de quién seré cuando termine la entrevista. Seguro que, como la oruga del cuento, empezamos hablando de abejas y terminaremos haciéndolo de cocodrilos.

—Vaya, comenzamos fuerte

Comenzamos ligeros de ropa, como debe ser. Tú eres tú, yo soy yo, y entre ambos intentaremos revelarnos contra las ataduras del lenguaje; lo que irá diluyendo esta dualidad.

—¿Empezamos por los dioses?

No podía ser de otra manera. El ser humano ha inventado la mitología para justificar su ignorancia acerca de ese ‘Todo’ al que denomina ‘existencia’. Dioses, a su imagen y semejanza, en quienes delegar la responsabilidad de aquello que no es capaz de comprender, que excede a su nivel de interpretación. En el fondo, no acepta que algo exista sin su concurrencia. Si esto sucede, se proyecta en otro plano al que llama divino, rompiendo así el limitante bloqueo racional. Necesitamos musas que nos inspiren en la labor creativa, porque nos sentimos incapaces de penetrar racionalmente en el mundo del arte; o santos y vírgenes que solucionen problemas de dinero, amor o salud, porque entendemos que sobrepasan nuestra posibilidad de maniobra.

Primero repartimos los tres retos básicos: el cielo, el mar y la tierra, y los humanizamos dándoles un nombre propio, **Zeus**, **Poseidón** y **Hades**. De ellos nace una prole más cercana: el sol, la luna, las estrellas, los animales, las montañas... Luego necesitamos a alguien que asuma nuestros miedos o personifique pecados y virtudes: ira, odio, furia... amor. Poniéndole cara a todo lo que ignoro me siento más seguro o, simplemente, encuentro a quien culpar de mis desdichas.

A los dioses, que somos nosotros mismos pero en plan superhéroes, les hemos asignado la ardua tarea de crear y gobernar un mundo repleto de elementos desco-

nocidos. Los hemos utilizado para paliar nuestra ignorancia, e irán muriendo en la misma medida en la que aumentan los conocimientos. De hecho, ante el evidente progreso científico, las grandes religiones han optado por el monoteísmo, simplificando su oferta celestial. Un sólo Dios, que empieza a ver con preocupación cómo, gracias a **Higgs** y al Colisionador de Hadrones, la ciencia ha conseguido descifrar, al fin, alguna de sus partículas elementales. Precisamente ese pequeño Bosón que le convierte en omnipresente.

—Entonces, ¿yo soy Dios?

No es cuestión de ‘ser’, que es un verbo excluyente, sino de ‘saber’ *¡Oh! Hombre, concóctete a ti mismo y conocerás el Universo y a los Dioses*, se leía sobre el portal del **Oráculo de Delfos**. Alguna vez escuché un bello cuento sobre una travesura que Dios quería hacer a los hombres: ocultarse en un lugar donde nunca debería ser descubierto. Pensó en el mar, la tierra y finalmente, en el cielo; propuestas todas descartadas ante la certeza de que el ingenio y la evolución humana permitiría, en algún momento, conquistar estos confines. Sin embargo, se salió con la suya, eligió un lugar seguro donde ningún ser se aventuraría jamás a buscarlo... su interior.

Con esto quiero decir que, en cierta forma, tienes razón. Somos la materialización de Dios en un espacio tridimensional aunque, por ser este su elemento menos sutil, no llegamos a tener consciencia de ello. Tarde o temprano entenderemos que la Psique humana ha creado a un Padre todopoderoso para que solvente sus frustraciones y limitaciones. O que, tal vez, un Padre todopoderoso ha utilizado la Psique para crear un humano que solvente sus frustraciones y limitaciones. Tú eliges.

Para complicar todo aún más, alguien ya se ha entretenido en dividirnos en Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aunque, ordenarlos, es otra cosa.

—**Pero, ¿este no era un misterio?**

Y para quienes deciden alimentar su ignorancia con misterios ajenos, seguirá siendo así.

—**¿De dónde parte esta necesidad vital de supeditar-nos al diseño de alguna divinidad?**

Nace de una permanente obsesión por la búsqueda de respuestas. Me explico, como especie dominante nos traumatiza el hecho de que algo se escape a nuestro control, una fuerza profunda nos lleva a intentar domesticar todo aquello que cabe en nuestra realidad: animales, plantas, ríos, átomos o planetas; da igual, tenemos que desmenuzar, clasificar y ordenar cualquier elemento que forme parte del plano cognitivo.

Mientras más conocemos, más necesitamos conocer. Como si un genio estuviera empujándonos constantemente hacia una luz que, aunque intuimos, no somos capaces de alcanzar.

¡Lo ves! Lo acabo de hacer. Me he inventado un genio para justificar mi incapacidad de comprender qué desconocido impulso me lleva irremediabilmente en esa dirección.

Cuando algo excede a esta necesidad de dominio le damos un nombre, una varita mágica... y ¡zaaas! Resuelto el problema. Algún día entenderemos que el propio genio también forma parte de esa compleja entidad en evolución a la que llamamos Ser.

—**Debe haber algún origen de este ‘sin vivir’ en pos**

del conocimiento.

Me encanta decir que la culpa la tuvo Eva, que no es más que el símbolo de nuestro gen menos conformista. Fue ella quien, de un mordisco, dio la señal de salida a una larga carrera de obstáculos cuya meta se encuentra en el mismo punto de partida. Por aquello tan exquisitamente humano de darle vueltas y vueltas a las cosas, abandonamos el paraíso en busca del paraíso. Una odisea repetida hasta la saciedad en relatos y leyendas de todos los tiempos y culturas: **Ulises** emprende el regreso a su reino, **Ítaca**, tras sortear ataques de dioses y hombres. Gracias a un hilo tejido por **Ariadna**, **Teseo** puede regresar del intrincado y peligroso laberinto, huyendo así de las fauces del **Minotauro**; o, gracias a los fabulosos **Hermanos Grimm**, **Hansel** y **Gretel** recurren a migas de pan para guiar su camino de regreso al hogar del Padre.

Sea a través de hilo, migas de pan o una nave sin nombre, el inconsciente parece estar convencido de la necesidad de recurrir a alguna argucia para emprender tal recorrido, aún sin saber a ciencia cierta hacia donde dirigir la proa. Estas tretas no parecen ser fruto de la fe ciega, sino, al contrario, del conocimiento profundo de nuestras capacidades y, por supuesto, de nuestra disposición para aprender de cada Minotauro, madrastra o Dios impertinente que encontramos en el camino.

Visto lo visto, me imagino al pobre **Adán** exclamando: *¡Con lo tranquilo que estaba yo sin saber nada!*

—**Quieres decir que, ¿Eva existió?**

Existe todo lo que la mente es capaz de imaginar. Pero, si te refieres a una mujer de carne y hueso que inició nuestro linaje, me gusta pensar que descendemos de alguien que se atrevió a romper con la aburrida rutina celestial e

intentó poner en práctica ese verbo hasta entonces desconocido: ‘elegir’. A pregunta trampa, respuesta trampa.

—Dicho esto, retomemos lo del viaje: ¿Se trata, entonces, de volver al Padre? Eso va mucho con el pensamiento judeo-cristiano.

El pensamiento religioso monoteísta ha establecido una dualidad muy marcada entre el hombre y esa entidad variopinta a la que nos ha dado por llamar Padre sólo por el hecho de ser nuestro supuesto creador. Una cuestión semántica que nos ha confundido a todos, aún más, cuando nos enteramos, hace unos 2000 años, que en realidad se trata de una trinidad. Menudo lío.

Para colmo, el propio **San Agustín** nos advierte de la inutilidad de intentar comprender tal tripolaridad. Acuérdate del niño que pretendía meter toda el agua del mar en un hoyo de arena, comparando esta imposible tarea con la de descifrar el misterio de la Santísima Trinidad. Cuestión de tiempos. Si el doctor de la Iglesia se cruzara hoy en la playa con cualquier pequeño de primaria este podría explicarle, sin titubear, que el agua existe gracias a la unión de tres moléculas, dos de hidrógeno y una de oxígeno (H_2O). Más aún, si el niño ya estudia el bachiller, le hablaría hasta de los compuestos ternarios, como el ácido sulfúrico (H_2SO_4), que resulta de la mezcla molecular de tres elementos: hidrógeno, azufre y oxígeno, cada uno con identidad propia. Una perfecta e indeleble trinidad. El ácido sulfúrico depende, así, de la unión armónica de estos tres elementos hasta tal punto que, desplazando una sola molécula, se convertiría en otra sustancia diferente.

A ningún químico que se precie se le ocurriría afirmar que el Padre del agua es únicamente el hidrógeno porque, este preciado líquido solo puede materializarse

con la unión exacta de las tres moléculas. Ninguna puede existir sin la otra.

También es verdad que el Santo de Hipona debía de estar al tanto de la tríada elemental de los alquimistas: sal, azufre y mercurio. La ‘*Tria Prima*’ de **Paracelso** y principio de todo cuanto existe.

Volviendo a tu pregunta y al pensamiento judeo-cristiano: NO podemos volver con ‘alguien’ del que NUNCA nos hemos separado. Es más, separar esta ‘identidad única’, sería tan difícil como intentar verter toda el agua del mar dentro de un hoyo en la arena. Y que me perdone San Agustín por emplear su experiencia en una versión alternativa.

—Lo que quiere decir que, ¿si la materia se destruye?... *c’est fini*.

Químicamente no funciona así. Si calentamos el agua hasta su aparente ‘destrucción’, lo que estamos haciendo es separar sus partículas convirtiéndola en un elemento más volátil. El detalle importante es que el vapor de agua, resultado de su ‘desaparición’, sigue estando formado por H_2O . Su esencia permanece, pero en otro plano. No la vemos, ni la oímos, pero seguimos percibiendo su presencia. Las moléculas que la conforman continúan unidas, y así será, como diría un profeta... hasta el final de los tiempos.

¿Qué tenemos entonces? Una sustancia que se manifiesta en nuestro mundo a través de TRES aspectos: sólido, líquido y gaseoso. Un cuerpo compacto, el hielo; un elemento que lo impregna todo, el agua; y un principio sutil, el vapor de agua. Diferentes manifestaciones del mismo ser que forman parte de un proceso en permanente transmutación al que solemos llamar ‘ciclo del agua’.

¿Te suena de algo?

Podemos afirmar que la materia se destruye, sí, pero sólo en relación a nuestra percepción de ella. Desde su propio punto de vista experimenta una transformación constante. En el proceso de sublimación, el hielo desaparece si recibe bruscamente determinado nivel de calor pasando, de una vez, al estado gaseoso. ¿Esto quiere decir que... *c'est fini*? Evidentemente NO. Su esencia, el agua, continúa su ciclo vital.

—Estoy entendiendo mal o me estás diciendo que cuando nuestro cuerpo muere, o creemos que muere, en realidad está sufriendo un proceso de sublimación.

Al menos esto es lo que cada una de las religiones han ‘intentado’ transmitirnos a través de cuentos y parábolas: viajes de ida y vuelta al Hades, el eterno **Samsāra** budista, migración del alma, reencarnaciones infinitas, viajar a la casa del Padre, la vida eterna...

El Viaje Interminable

► Existe un origen y un destino, pero no como principio y fin de una recta, sino como punto de unión de una circunferencia. De forma que, cada final representa un nuevo comienzo ◀

—Ya me he perdido. Entonces, ¿hacia dónde se supone que debemos volver? o, ¿hacia dónde nos llevan esas migas de pan?

Si no se las comen antes los pájaros, hacia ese ‘paraíso perdido’ que todos añoramos y que pocos son capaces siquiera de ubicar en el transcurso de una vida. *Salí del Padre y vine al mundo, de nuevo dejo el mundo y regreso al Padre*, escribía **Juan** en su Evangelio refiriéndose a las palabras de **Jesús**, y es precisamente este concepto de ida y vuelta constante lo que nos tiene mareados ¿Estamos yendo o viniendo? Si es así, ¿hacia dónde? y ¿desde dónde?

El desconcierto creado alrededor de esta idea migratoria es tal, que cada religión o iluminado de turno la ha utilizado en su propio beneficio como argumento para la captación y servidumbre de sus acólitos. A lo largo de la historia son muchos, a veces trágicos, los ejemplos de manipulación en este sentido: suicidios colectivos, guerras santas, inquisiciones... Conceptos como: sufrimiento, felicidad, entrega incondicional, sumisión, fe ciega, o pensamiento único; son sólo algunas de las herramientas utilizadas para dirigir la mente de quienes encuentran en esta búsqueda el sentido de su vida.

Desde luego, no será ningún autoproclamado ‘líder espiritual’ quien nos tenga que indicar el camino. Lo único que indica esta cruel obstinación evangelizadora de algunos es una gran incapacidad personal para gestionar su propia búsqueda, y una enfermiza necesidad de proyectar en los demás sus propias frustraciones.

Dicho esto, me gustaría contestar a tu pregunta con otra: Entre el hielo, el agua y el vapor, ¿quién es el padre y quién el hijo? ¿Quién es PRINCIPIO y quién FINAL?

—Aunque parece una paradoja, lo químicamente lógico sería que lo etéreo se transforme en materia.

Que las dispersas partículas se condensen hasta que nuestros sentidos puedan percibir las ¡Vaya! Es obvio que tú mismo te has respondido. El Universo que surge de la Nada. Con esto parece que, al menos, la dirección del viaje debe estar clara, de lo sutil al sólido elemento: ...y el vapor, se hizo forma.

Desde el punto de vista del hielo, puedes estar en lo cierto. El vapor, por algún desconocido designio, necesita manifestarse en una dimensión ‘visible’ y se transmuta en agua por efecto de la presión o la temperatura. Un líquido no tiene forma definida, así que adopta la de su contenedor. Ya limitada por su envoltura, se enfría hasta la solidificación, adquiriendo un cuerpo diferenciado.

Claro está que la densa materia no va a ‘recordar’ su origen porque, cuando se mira, no encuentra rastros del intangible gas. Por el contrario, si estamos convencidos de que somos hielo, nuestros sentidos sufrirán con cada gota que el tiempo y el desgaste nos vayan robando; ignorando que el charco creado sólo es un nuevo estado más de su existencia, precisamente aquel de dónde viene.

A veces, la mente utiliza la lógica para justificar su propia ignorancia. Para **Einstein**, amigo de la lógica pero aún más de la relatividad, todo dependería de cuál de los tres elementos decides ser: si optas por el hielo, puedes derretirte o volatilizarte; si eres líquido, solidificarte o evaporarte; y si te identificas con el vapor, te espera una lenta condensación o convertirme drásticamente en escarcha. En otras palabras, hacia dónde vas, depende del lugar de donde vengas... y viceversa.

Me gustaría recordar aquí la exquisita paradoja y corta conversación entre el gato **Cheshire** y la extraviada

Alicia, cuando en medio del camino pregunta:

— *¿Me podrías indicar hacia donde tengo que ir desde aquí?”*

— *”Eso depende de a dónde quieras llegar” responde el gato.*

— *”A mí no me importa demasiado a donde”.*

— *”En ese caso, da igual hacia donde vayas, siempre que llegas a alguna parte”*

— *”¡Oh! Siempre llegarás a alguna parte, si caminas lo suficiente”*, comenta finalmente el rayado gato.

Al fin y al cabo, las tan rebuscadas paradojas no son más que una estupenda forma de atentar contra los esquemas de la lógica. Una manera de burlar los condicionamientos de la mente. En este caso, un camino que nos lleva a replantear nuestra absoluta convicción de que todo lo que existe debe tener principio y fin.

Recuerda, *llegar a alguna parte* es sólo el inicio de una nueva aventura.

— Esta alegoría sobre el ciclo perpetuo del agua me recuerda mucho a la Rueda budista del Dharma ¿Existe un principio y un final de este recorrido existencial?

Hablo de un proceso de transmutación de lo sutil a lo denso y de lo denso a lo sutil; de diferentes estados de eso a lo que llamamos existencia.

Principio y fin son dos términos estrechamente ligados a la vida. En concreto, a nuestra vida. Dos conceptos, que como otros muchos, dependen de los profundos condicionamientos del cerebro humano, instintivamente sobreprotector. Trascender estas limitaciones sensoriales que conforman la personalidad nos ayudaría a descorrer

el cegador *Velo de Isis*, con el que los dioses han intentado ocultar el misterio de su existencia... y de la nuestra:

Soy todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será, y jamás mortal alguno ha levantado mi velo aparecía grabado en el templo egipcio de **Sais**. Una sentencia donde la diosa **Isis** recuerda a los humanos sus dificultades para traspasar la delgada frontera de la realidad.

Mientras esto sea así, estaremos atrapados entre el principio y el final, entre esa dualidad con la que tenemos que convivir en este espacio tridimensional.

Existe un origen y un destino, pero no como principio y fin de una recta, sino como punto de unión de una circunferencia. De forma que, cada final representa un nuevo comienzo, tal y como muestra el ancestral **uróboros**, serpiente que se muerde la cola como símbolo del eterno retorno. Todo deviene y nada permanece estático, los opuestos se suceden. Lo que es, dejará de ser para volver a ser de nuevo dando continuidad al ‘ciclo de la existencia’, del cual, el ‘ciclo de la vida’ es tan sólo una pequeña manifestación.

La **Enantiodromía**, aunque difícil de pronunciar, nos lleva a **Heráclito** y al permanente cambio como resultado de la superposición de los opuestos. Soy una consecuencia de lo que fui y causa de lo que seré. Ya advertía el filósofo griego: *Ni aun recorriendo todo camino llegarás a encontrar los límites del alma; tan profundo logos tienes.*

El cerebro funciona en programa ‘sobrevivir’, priorizando pensamientos y acciones que ponen en riesgo nuestra existencia. Todo parece girar alrededor de la pulsión freudiana entre **Eros** y **Thanatos**. El sexo, que asegura la pervivencia de la especie; y el temor a la muerte, que asegura la nuestra, condicionan la manera en que vemos la realidad. Navegamos entre el nacer y el morir,

convencidos de que son los dos extremos del hilo tejido por **Cloto**, medido por **Láquesis** y cortado por la inexorable tijera de **Átropos**, las tres **Moiras** responsables del destino de los hombres... y de los dioses.

—**¿He entendido mal o me ha parecido escuchar “cerebro programado”?**

No sólo has escuchado bien sino que en tu cerebro se ha disparado el sistema de alarma. Si hay algo que no soporta es que se ponga en duda su capacidad de decidir libremente.

—**¿Es que yo y mi cerebro... no somos lo mismo?**

El cerebro, entre otras cosas, es la herramienta que utilizas para relacionarte con el entorno. Pero, no te preocupes, no se trata de un caso de bipolaridad. ¿O tal vez sí?

Bueno, sea como sea, no es tan grave como parece. Verás, imagínate como el usuario de un ordenador que compras sólo con el sistema operativo instalado y del cual vas a depender el resto de tu vida para vincularte con el exterior. Te conectas a Internet y poco a poco vas llenándolo de información, insertando programas o creando redes sociales con uno o varios avatares. Cargas el disco duro con fotos y vídeos de toda tu vida, datos de tus contactos y páginas favoritas según tus preferencias.

Con el tiempo, este se convertirá en una proyección de tu personalidad, más aún, para las personas que sólo te conozcan a través de la red, esa sería tu personalidad real. Hasta el punto de que, si se desconecta el ordenador, inmediatamente dejarías de existir para ellas. Tú no eres el ordenador ni el ordenador eres tú. Sin embargo, ambos necesitan ‘complementarse’ para mantener el contacto con el mundo exterior.

Supongo que el proceso te es conocido. Se trata sólo de otra alegoría que, a diferente nivel, podría tener visos de realidad.

En definitiva, y sin intención de causarte algún trauma místico, la respuesta es NO. Tu Yo, mente, psique —o como lo quieras llamar— y tu cerebro, no son lo mismo. Aunque sí ocupan el mismo tiempo y espacio.

Esto no tiene por qué extrañarnos ¿Cuántas veces has sentido que mente y cerebro no van por el mismo camino? Las adicciones son buen ejemplo de ello, o los tan incómodos tics nerviosos. Tenemos a ‘alguien’ que quiere evitar un comportamiento y a otro ‘alguien’, controlando el sistema vegetativo que se lo impide. Hasta el sistema nervioso voluntario deja de obedecernos con un simple bloqueo neuronal.

Al igual que la informática se ha convertido en la dueña y señora de tu vida ‘virtual’, el cerebro controla todo lo que percibes como ‘realidad’. Tú no puedes manifestarte en este plano sin él, pero él sí puede existir sin ti, y así lo hace en casos de amnesia o alzhéimer. Por eso hay que intentar mimarlo, cuidarlo y conocerlo. Digamos que es conveniente activar un antivirus, limpiar los irrelevantes archivos temporales, actualizar el software y resetearlo de vez en cuando.

—**¿Qué nos diferencia, entonces, de ese procesador lleno de bits?**

La consciencia, que no es más que la posibilidad de pensar en ti mismo como un ser diferenciado. Como bien has dejado ver en tu pregunta, un ordenador es una pieza mecánica que procesa datos electrónicos como resultado de una programación previa. La máquina no tiene consciencia de sí misma, sólo responde a la voluntad de su

usuario, que no deja de ser un componente externo.

Por el contrario, soy algo más que el cerebro que utilizo para interactuar con el entorno; un hecho que llevamos implícito en nuestro propio lenguaje. Presta atención a lo que acabo de decir: “soy algo más que el cerebro...”.

¿Lo ves? Me reconozco como una entidad capaz de definirse a sí misma y que intenta ubicarse dentro de una realidad que no termina de comprender del todo.

Cuando dices, ‘yo conduzco’, diferencias a un YO que ejecuta la acción a través de otro elemento, el automóvil; ambos se necesitan para realizar la tarea manteniendo, sin embargo, su independencia.

Cuando dices ‘yo pienso’, sucede lo mismo, aunque en este caso el encargado de ejecutar la acción es el cerebro, que al materializar el pensamiento reafirma la existencia del YO.

Toda la materia está regida por los principios de la física, y limitada por sus leyes; por lo que el YO siempre se verá condicionado por las propiedades y capacidades del objeto que utiliza para proyectar su voluntad.

El Cerebro y Yo

► El cerebro, al igual que un ordenador, es el soporte físico responsable de la recepción, manipulación y transmisión de millones de datos que utilizamos a conveniencia.

—Me estas asustando. Ya veo al cerebro como mi peor contrincante.

De ninguna manera, más bien, todo lo contrario. Está diseñado para interactuar con el YO y sólo tiene una prioridad por encima de esta función: la supervivencia. Cuando entra en juego, TODO —incluyéndonos— pasa a un segundo plano. Aunque, con entrenamiento adecuado, hasta ese aspecto puede mejorar. Digamos que es como un caballo salvaje al que podemos domesticar, primero con esfuerzo y disciplina, y luego con cariño y comprensión. Las Artes Marciales, el Yoga o la meditación, han sido tradicionalmente técnicas utilizadas para ello.

Mecánica Cuántica y Neurociencia, nos comienzan a abrir puertas hasta ahora reservadas a círculos secretos y hermandades que han coqueteado siempre con la magia y el ocultismo. Por otro lado, la aparición del código binario y el desarrollo de la inteligencia artificial nos permiten hoy comprender mecanismos neuronales desconocidos que ya estamos comenzando a manipular.

Digo esto porque el cerebro ya se ha convertido en un objeto de estudio científico serio capaz de desvelar con certeza comportamientos hasta ahora ignorados. Uno de ellos es el desfase producido entre el momento exacto de la toma de decisión y la reacción consciente posterior. Entre estos dos instantes puede haber un retardo de hasta 10 segundos, lo que quiere decir que cada vez que tienes que elegir entre varias opciones, hay una entidad, TU, que espera que se produzca la respuesta, mientras otra, tu cerebro, la elabora. Aunque parezca que es tu YO consciente quien estudia las alternativas y decide, no es así: cuando al final te enteras, alguien ya ha valorado las posibilidades y ha decidido por ti.

En la pregunta que has hecho estableces una clara

dualidad cuando dices: *veo al cerebro como...* Esto sucede porque, de forma implícita, lo visualizamos como un sujeto diferenciado del YO, esa primera persona que nos cuesta tanto acotar. Nuevamente, el lenguaje nos descubre.

—Entiendo esta especie de bipolaridad que experimentamos todos sin saberlo, pero, ¿cómo puede ocurrir sin que nos demos cuenta de ello?

La verdad es que la mayor parte de la actividad cerebral nunca pasa a nuestro nivel consciente, algo que aprovechan sutilmente magos e ilusionistas. La ceguera al cambio o por desatención, la captura cognitiva y la privación sensorial son fenómenos estudiados hoy por psicólogos y neurocientíficos.

Esta ocultación de gran parte de la realidad también va incluida en el ‘pack’ de supervivencia ya que nos ayuda a simplificar un mundo sensorialmente avasallador. En definitiva, tu cerebro no es tu contrincante, es un aliado que pretende aislarte de cualquier conflicto.

—Un aliado con fecha de caducidad.

Cierto. De hecho, todo funciona mientras tu percepción del exterior y tus pensamientos interactúan de forma coordinada. Pero, no deja de ser una relación vulnerable supeditada a la estabilidad de una de sus partes. Recordemos el ejemplo anterior para poder visualizarlo:

Alguien se conecta al mundo exterior a través de un ordenador donde va almacenando recuerdos y experiencias. A través de él proyecta sus inquietudes, emociones, pensamientos... La dependencia e interacción es tal, que llega el momento en que cree firmemente que ambos conforman una misma entidad. Hasta cuando duermes,

él continúa con su actividad: relacionando datos, estableciendo posibilidades o creando nuevos escenarios.

Todo va bien hasta que la unidad física, agotada, se deteriora con el tiempo. Los sectores del disco duro van perdiendo información, el desgaste de los componentes impiden una conexión de datos eficaz y rápida y el sistema de ventilación se obstruye. Empiezas a tener problemas para comunicarte, olvidando, entre bit y bit, parte de tu vida. No digo ya si un virus se apodera del control destruyendo todo lo que encuentra a su paso. En ese momento entras en shock. Ya no puedes conectarte a la red y un mundo, que creías real... desaparece.

—Supongo que hablas de la muerte biológica. ¿Qué pasa con toda esa información cuando el ‘soporte físico’ se deteriora?

Hoy conocemos qué partes del cerebro controlan la transferencia de información. Millones de impulsos bioeléctricos conforman una gran autopista neuronal por la que fluyen experiencias, emociones y pensamientos. Pero, ¿dónde residen los recuerdos?

No olvidemos, antes de buscar su ubicación, que estamos hablando de energía, con todo lo que este elemento volátil y sutil implica; y que, como tal, carece de valor a menos que se transforme y dirija de forma adecuada. La termodinámica nos dice que la energía permanece constante en el tiempo en espera de algún elemento modificador, que en nuestro caso parece estar en el cerebro. La duda aparece entonces: ¿se guardan los recuerdos dentro de esta masa rugosa cual disco duro en un sistema computacional?, o, por el contrario, se archiva y conserva fuera de él.

Parece ya claro qué zonas del cerebro gestionan la

memoria: la corteza frontal, el lóbulo temporal, los ganglios basales y el hipocampo intervienen en la recepción, manipulación y recuperación de todo aquello que nuestros sentidos perciben. Pero, ¿dónde y cómo se archivan los recuerdos?

Akasha es un término sánscrito que podríamos traducir como éter, espacio indeterminado que algunos pueden relacionar con el concepto de cielo. Para **Annie Bésant**, se trata del lugar donde queda grabada toda la existencia, una memoria que la Teosofía define como *Archivos Akáshicos*. Hasta no hace mucho, se trataba de un concepto difícil de digerir por eruditos religiosos y científicos. Sin embargo, la Red nos permite hoy vislumbrar su posible existencia si tomamos como referencia ese espacio virtual omnipresente al que llamamos Nube, un lugar intangible donde puede permanecer registrada toda nuestra actividad diaria. Aunque la ‘cloud computing’ se encuentra aún en su etapa inicial, no es difícil prever la dimensión futura de un servidor universal capaz de preservar cada dato que generamos.

Gracias al aporte de la ciencia, la mente racional ya es capaz de comprender que la realidad que nos rodea trasciende nuestra percepción sensorial. La existencia sobrepasa, en mucho, los límites de la materia, que es sólo el reflejo de un microcosmos hasta hace poco desconocido. El cerebro, al igual que el ordenador, es el soporte físico responsable de la recepción, manipulación y transmisión de millones de datos que utilizamos a conveniencia. Y al igual que el ordenador, emplea básicamente dos tipos de memoria:

La Memoria de trabajo (RAM: *Random Access Memory*), también llamada memoria ‘a corto plazo. Es la que se necesita para gestionar el presente: conduzco el

automóvil mientras hablo por teléfono y reconozco las señales de tráfico.

Y la Memoria de sólo lectura (ROM: *Read - Only Memory*) o de 'largo plazo', que almacena la información no imprescindible en el momento. Se trata de una verdadera y extensa 'base de datos' donde permanecen todas las reseñas de nuestra vida. Si el soporte fuese únicamente físico, la muerte cerebral implicaría la desaparición de todos los datos grabados sinápticamente en él; con la destrucción del disco duro se perdería el contenido. Pero, si la información se graba fuera del cuerpo o en la Nube, tendríamos acceso a ella desde cualquier otra unidad física con sólo insertar las claves adecuadas. Con poco que relaciones estas ideas, podrás encontrar caminos hacia conceptos tan sutiles como reencarnación, mediumnidad o adivinación.

—Creo que no me has contestado

Es verdad. A través del progreso científico y tecnológico, continuamos actuando a imagen y semejanza del creador. Siguiendo sus mismos patrones. En realidad, sólo copiamos su obra: Dios crea al hombre dotado de inteligencia natural y el hombre diseña máquinas con inteligencia artificial; Dios construye un gran baúl de los recuerdos donde archivar todo lo que acontece, nosotros vaciamos en la Nube nuestros datos y confidencias. Cuestión de conceptos, sustituimos 'espacio etéreo' por 'espacio virtual'.

—Si esto fuera así, nos acordaríamos de todo con la misma intensidad.

Todo no se graba con igual intensidad. Si utilizas una cámara de video para filmar una escena te darás cuenta, al

visionarla, que no todas las imágenes tienen la misma definición. Verás entonces que hay, al menos, dos elementos cruciales a la hora de reproducir fielmente la secuencia: la luz y el enfoque. En el caso del cerebro y de la percepción sensorial necesaria para crear información estaríamos hablando de la atención, y de ella va a depender la fuerza y fidelidad de lo grabado.

Si repartimos videocámaras a cinco personas y les pedimos que graben una secuencia en un mismo espacio, obtendremos cinco películas diferentes. Cada cual invertirá más tiempo y enfoque en los aspectos que considere de mayor interés, despreocupándose del resto. Ante una sola realidad, se han generado diferentes criterios, y por lo tanto, diferentes intensidades a la hora de registrar información. Al visionar el contenido, sin duda destacarán aquellos elementos que a cada uno le haya llamado más la atención, quedando el resto relegado a un segundo plano.

Aunque nuestro proceso mental es algo más complejo, ya que debemos registrar estímulos que provienen de la vista, el olfato, el gusto, la audición o el tacto; será siempre ese 'enfoque puntual' el responsable de priorizar los aspectos de la realidad que más nos atraigan.

En definitiva, en la película vital, recordarás mejor aquellas partes de tu historia que han sido registradas con mayor vehemencia. Una cicatriz siempre destacará por encima de cualquier roce superficial.

—Ya que reconoces nuestra conexión con un espacio, vamos a decir, 'etéreo', ¿podríamos llegar a pensar sin utilizar el cerebro?

No podemos pensar si no tenemos cerebro, al igual que no podemos conducir si no tenemos un vehículo; parece

muy burdo pero es así. El pensamiento necesita referencias, información que relacionar. Es la herramienta que utilizamos para expresarnos, el puente de unión entre el mundo de las ideas y el creado por el cerebro a través de percepciones electroquímicas.

Gracias a que pienso, existo; algo que **Descartes** tenía claro. Si no estuvieras ahora en mi pensamiento, no existirías, al menos desde mi punto de vista.

Imagina que eres ciego e incapaz de percibir visualmente el mundo que te rodea. Tu realidad se vería reducida a todo aquello que se comuniqué contigo a través del sonido, el olfato o el tacto. Aquella señora que cruza la calle con un niño en los brazos no existe, al menos para ti. Aunque a ella le da igual si pertenece o no a tu realidad, su existencia no depende de la tuya. Ahora, aún invidente, piensa en un gran elefante azul con pico de pato, alas de dragón y cola de pavo. Sin duda, para tu cerebro es mucho más real que la invisible señora.

El Yo utiliza al cerebro para acceder a este plano dimensional, y para ello debe pagar un peaje significativo.

Si lo que me quieres preguntar es, ¿en qué ‘piensa’ nuestro Yo cuando no puede manifestarse a través del cerebro?, entonces, estaríamos hablando de otra cosa. Liberado de la limitante esclavitud del plano material, tiene acceso directo a lo que fue, a lo que es y a lo que será. Se libera de la tridimensionalidad, lo que significa romper con las cadenas que le unen a este espacio y al tiempo.

—Antes de continuar, ¿podrías explicar de una forma clara a que te refieres cuando hablas de “dimensiones”?

Hay un ejemplo muy visual y fácil de entender. Imagina un punto como un lugar concreto, si vivieras dentro de

él sólo tendrías referencia de lo que pasa a tu alrededor, por eso vamos a definir este espacio como: dimensión CERO. Considéralo como parte de una recta, si te das cuenta de su existencia, podrías desplazarte hacia delante o hacia atrás dentro de una forma unidimensional, hemos entrado en el nivel UNO.

Piensa ahora que esta recta es un corte dentro de un gran plano, una hoja de papel; ya puedes moverte hacia adelante, atrás, arriba y abajo; accedemos a la SEGUNDA dimensión. Para entrar en la TERCERA, visualiza que ese plano adquiere volumen, y que es sólo uno de los lados de un gran poliedro, por ejemplo, un cubo. Vamos formando figuras más complejas, así que intentamos visualizar un cubo que forma parte de un elemento que rompe con los poliedros convencionales: el hipercubo; entramos ya en la CUARTA dimensión. Y de aquí, que cada cual continúe dándole rienda suelta a su imaginación. En **Platón** y sus sólidos, **Carl Sagan** en su serie *Cosmos* o **Salvador Dalí**, con su *Corpus Hypercubus*, podrás encontrar material al respecto.

Si te das cuenta, cada dimensión tiene consciencia de la anterior pero carece de perspectiva para reconocer la siguiente.

Ex nihilo nihil fit, es un término latino aplicado en metafísica y atribuido a **Parménides** que resume la idea de que *Nada viene de la nada*. Lo cierto es que cada dimensión superior en complejidad contiene a la anterior en una secuencia, para nosotros, infinita.

—Cerrado este paréntesis, hay algo que se me estaba pasando por alto ¿Existe un Yo anterior y posterior a la propia existencia del cerebro?

La metáfora informática, aunque encaja perfectamente

dentro de este plano al que definimos como ‘material’, también es aplicable a un nivel, digamos, superior. La relación que mantienes con el mundo virtual que has creado a través del ordenador, es la misma que esa entidad a la que llamamos ‘Padre’ comparte contigo. Se vale del cerebro para acceder a esto que consideras realidad.

Sigamos imaginando que, de alguna forma, el cerebro es el hardware de ‘alguien’; un ordenador o unidad física que contiene los programas necesarios para interactuar dentro de un mundo en apariencia intangible. Ocupa la figura del mensajero o mediador representado por **Thot** o **Hermes**, que cruza la frontera entre dioses y hombres interpretando los significados ocultos o herméticos. La palabra, las artes, las matemáticas, la geometría y el ingenio están bajo su responsabilidad, como elementos primordiales en la búsqueda de señales que permitan abrir las *puertas del templo*.

Ahora, piensa que tu personaje es el resultado virtual de la voluntad y el pensamiento de quien controla esta maraña de información, resultado de la combinación interminable de CEROS y UNOS. Serías una proyección de la mente y los pensamientos de quien maneja la ‘máquina’, un avatar de su personalidad. En realidad, se trata de una misma entidad manifestada en dos planos distintos. Que me perdonen los eruditos de la Iglesia por esta burda comparación pero: tu serías el **Hijo**; el paquete de hardware y software, el **Espíritu Santo**; y el responsable de toda esta historia, el **Padre** o Creador.

¿Evolución o Creación?

► La cadena de ADN no es el resultado del azar evolutivo. Se trata de un verdadero software de vida que nos determina y construye desde el nacimiento ◀

—Hay una película, ‘Nivel 13’, basada en personajes que se proyectan en diferentes espacios dimensionales, en varios planos solapados en el tiempo.

Un argumento interesante que habrá que analizar después de visionarla. Mientras tanto te hablaré de la **Tabla Esmeralda**, atribuida precisamente a **Hermes Trismegisto**, que ya menciona este nexa: *Lo que está más abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo. Actúan para cumplir los prodigios del Uno*. Recordemos que este Dios greco-egipcio era **Mercurio**, para los romanos, y elemento vital para los alquimistas en el proceso de transmutación.

No es una cuestión temporal de antes o después, sino espacial: dos Yo que conviven juntos en distintos planos, y cuyo objetivo es el de reencontrarse en un mismo lugar.

—A ver, tenemos un Yo creador, un elemento utilizado para proyectar su voluntad, y un Yo creado ¿Es esto así?

Extrapolando el ejemplo a nuestro plano informático se entenderá mejor. Estamos en la era de la realidad virtual, esto quiere decir que podemos acceder a experiencias que trascienden lo que conocemos como materia. Con la tecnología actual —que aún parece estar en pañales— somos capaces de crear escenarios que impregnamos de nuestra propia realidad. Construimos personajes con nuestros gustos, deseos e inquietudes capaces de realizar hazañas para nosotros imposibles. Les damos nombres, vestimos, le asignamos una identidad y creamos un mundo donde relacionarse y dar rienda suelta a su espíritu aventurero, que en realidad, es el nuestro.

Disponer virtualmente de avatares programados para enamorarse, sufrir o luchar por su ‘libertad’, sólo es cues-

tión de tiempo. Y de ahí a que consigan generar algo parecido a una consciencia propia de identidad, habrá sólo otro paso. No será difícil, porque, en definitiva, serán un reflejo de nosotros mismos.

Desde nuestra perspectiva se verá como un mundo intangible, resultado de millones de datos entrecruzados electrónicamente a través de un código binario simple. Ellos, sin embargo, percibirán un espacio real con elementos más o menos densos con los cuales chocar o atravesar. Nos convertiremos en sus dioses creadores. Sus vidas estarán entrelazadas con la nuestra de tal forma que, tal vez, algún día, sientan la necesidad de buscarnos... de encontrar su origen. Lo tendrán fácil, porque, en el fondo, los habremos hecho a nuestra imagen y semejanza.

Seremos el Yo creador con un sistema capaz de hacer realidad un Yo creado.

—Hasta ahora pensaba que era una alegoría informática, pero creo percibir algún halo de realidad en tu argumento.

Es, como dices, una alegoría informática, pero que simula o representa un proceso perfectamente válido para explicar cuestiones hasta hace poco ininteligibles. Si **Pitágoras, Platón, Blavatsky, Newton o Benjamín Franklin**, hubieran dispuesto de los conocimientos científicos que hoy manejamos, muchas de nuestras incógnitas existenciales ya tendrían respuesta.

Desde luego, no pretendo que imagines a este supuesto creador sentado en una silla frente a un monitor decidiendo nuestro presente y futuro; pero, sólo se puede explicar con palabras lo que las palabras nos permiten explicar, para trascender a ellas y entrar en ese mundo abstracto de las ideas necesitamos recurrir a metáforas,

cuentos, paradojas o koanes Zen. El nivel de comprensión racional está limitado por el lenguaje, y este, a su vez, se encuentra acotado por el conocimiento, que no es más que la suma de toda la información disponible.

Sin embargo, admiro tu suspicacia, porque debo reconocer que la estructura humana se asemeja, y en mucho, a una entidad programada. Y no lo digo yo, **Ilya Prigogine**, premio Nobel de Química, escribía en su 'Physics Today': *La probabilidad estadística de que estructuras orgánicas y las reacciones más precisamente armonizadas que tipifican a los organismos vivos pudieran ser generadas por accidente, es cero.*

El 98% del genoma humano es ADN *no codificante*, es decir, no contiene información 'relevante'. Una zona a la que se ha llegado a llamar ADN basura, simplemente, porque se desconoce su función dentro del entramado genético o porque, en otras palabras, no se ha conseguido descifrar su lenguaje. En 2012 se lograron grabar 5,5 petabits de información en una molécula de ADN, una cantidad de datos que necesitarían 233 discos duros de 3 terabytes. En unos cuantos gramos del Ácido Desoxirribonucleico hay espacio para almacenar todos los libros escritos hasta el día de hoy. El contenido de información de una pequeña bacteria es de aproximadamente 1012 bits de información, unas cien millones de páginas de la Enciclopedia Británica.

Pensemos que el código que maneja el ADN es cuaternario, es decir, resulta de la combinación de cuatro valores -ATCG-, y no de los dos -01- que usamos actualmente en la informática.

Esta meticulosa hebra trenzada, codificada de tal forma que nos impide acceder a la mayor parte de su información, no es el resultado del azar evolutivo. Se trata

de un verdadero software de vida que nos determina y construye desde el nacimiento.

—**No sé qué dirían Darwin y los evolucionistas al respecto.**

En su *Origen de las Especies*, **Charles Darwin** afirma: *Si se pudiera demostrar la existencia de cualquier órgano complejo, el cual no pudo haber sido formado por numerosas modificaciones sucesivas, mi teoría se desbarataría absolutamente.* Los avances en neurociencia, Física cuántica, Bioinformática y Nanotecnología alejan cada vez más la posibilidad del azar en la configuración de nuestra especie.

Por cierto, ¿conoces la definición de gen? Es una unidad de información dentro del genoma, que contiene todos los elementos necesarios para su expresión de manera regulada; la unidad de almacenamiento de la información genética. Un gen es una secuencia de ADN codificado con instrucciones específicas. Pueden estar: activados o apagados, aunque en el humano sólo un 2% permanece en 'ON'.

¿Te das cuenta de que si eliminamos la palabra 'gen' en el párrafo anterior, estaríamos hablando de un sistema informático?

—**¿Es suficiente esto para creer, a ciegas, que nacemos... 'programados'?**

Parte de la humanidad ha pasado casi toda su historia creyendo, a ciegas, en el cielo y en el infierno, en dioses vengadores y genocidas, en el pecado original, en profetas y reencarnaciones... Mientras, ha renegado sistemáticamente de cualquier avance científico 'inconveniente'. La ciencia no establece 'dogmas de fe', sino evidencias.

Pero, es más sencillo aún. Si llegaras mañana de visita a Marte, y al bajar encuentras restos de un bolígrafo en el suelo, ¿pensarías que es el resultado natural de algún proceso evolutivo?

—Evidentemente, no. Deduciría que alguien ha estado antes ahí.

Si eres capaz de deducir esto por un elemento de no más de cuatro piezas medianamente ensambladas, ¿cómo puedes pensar que una estructura mental tan compleja y coordinada como la nuestra sea fruto sólo del azar?

Todo lo creado implica la existencia de un creador... que cada uno le llame como quiera.

Es cuestión de cambiar los esquemas mentales tan castrantes que tantos años de condicionamiento cultural han grabado en nuestros genes. Cierta educación nos ha hecho mucho daño, hasta el punto de que aceptamos con naturalidad lo extraordinario de cualquier elemento manufacturado por el hombre, por sencillo que sea; pero no somos capaces de valorarnos a nosotros mismos.

—Los árboles también tienen ADN ¿Es que toda la vida es artificial?

La vida inteligente, como parece ser nuestro caso, es capaz de generar vida. Se ha sintetizado ya un cromosoma artificial de una célula compleja de levadura y la lógica dice que desde que descodifiquemos completamente el ADN podremos variar los recursos genéticos de cualquier ser vivo. Toda la vida que conocemos no es toda la vida.

—Visto así, hasta parece lógico.

Hay más. La Neurobiología nos confirma que nuestro

cerebro, con sus más de cien mil millones de neuronas, posee facultades, ahora extraordinarias, que parecen activarse sólo accidentalmente o a través de un fuerte entrenamiento específico. Curiosamente, nuestra capacidad potencial excede a nuestras necesidades vitales. Piensa en un ordenador con características y software especializado que utilizas únicamente para escribir cartas en un procesador de textos; eso somos en la actualidad.

La Naturaleza no actúa de esta manera. No invierte tiempo y energía en evoluciones innecesarias y suele funcionar priorizando la eficacia en sus mecanismos de supervivencia. Si un depredador necesita largos colmillos, los desarrolla; nunca los crea de forma ‘preventiva’. El cerebro humano se adapta con tanta rapidez que podríamos acertar si aceptamos estar ‘diseñados’ para dar respuesta a eventos futuros.

Este hecho, al menos, debe ser motivo de reflexión.

—¿Cómo casa todo esto con ese creador personal que, afirmas, todos tenemos?

El universo conocido es el resultado de infinitas manifestaciones que responden a la actividad energética y al nivel de acumulación de partículas en un espacio determinado. Nuestra escala visual o audible está limitada a una estrecha zona dentro del espectro, una banda de percepción que difiere según la especie. El ser humano percibe su realidad individual a través de los sentidos, pero sólo toma consciencia de ello cuando el estímulo, convertido en impulso eléctrico, llega al cerebro. Del *Todo es Mente*, del *Kybalión*, al *Todo es Energía* de **Einstein**.

Y de la condensación de la energía, viene la materia.

Esta es, muy resumida, nuestra realidad física, lo que el cerebro cree que soy gracias a sus facultades sensiti-

vas. Un estado que, perfectamente, puede ser el resultado de la evolución darwiniana.

Otra cosa es el Yo, la identidad que subyace más allá de este plano y que nos convierte en invitados accidentales de este mundo al que llamamos real. Ya lo decía alguien hace más de 2000 años, *Al Cesar lo que es del cesar, y a Dios lo que es de Dios*. No podemos juzgar a Dios con las leyes del hombre ni al hombre con las leyes de Dios.

La iglesia nos plantea un Dios que necesita de los hombres para que le rindan pleitesía y confirmen lo es-tupendo que es; lo que evidencia, por cierto, un nivel de autoestima preocupante. Para el evangelista **Juan**, nos ha creado con el objeto de que conozcamos cuanto nos ama: *El Verbo se encarnó para que conociésemos así el amor de Dios*. Sin embargo, ya que somos capaces de humanizar a este gran y dependiente megalómano, también hay que comprenderlo; es difícil vivir en soledad con esos delirios de grandeza; si no me comparo con algo no se lo maravilloso que soy. Su existencia carece de sentido si no consigue acólitos que le reconozcan. Sin lo creado, el creador no existe... y viceversa.

Sabes que existes, te imaginas a ti mismo y puedes visionar partes de tu cuerpo. Sin embargo, hasta que no te reconoces frente al espejo o ante el agua quieta de un arroyo, no tomas realmente consciencia de tu identidad. Necesitas un reflejo de ti mismo para poder reafirmarte.

De ahí, su necesidad de hacerse carne: *El Verbo se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios*, decía otra vez **Juan**. Él nos salva, y nosotros lo salvamos a él.

Los científicos ya han conseguido crear de forma artificial elementos base de la vida. Imaginemos ahora que

colocamos adecuadamente esos ingredientes celulares en un medio receptivo. Su destino, transcurrido millones de años, sería impredecible, como evidente el proceso evolutivo puesto en marcha. Esto, con la tecnología actual. Cuando podamos crear y manipular a voluntad las cadenas de ADN hablaremos de otra cosa; tal vez, de la posibilidad de materializar en carne nuestra imaginación. Aunque esto, como hemos dicho antes, ya lo hacemos a nivel virtual.

En otras palabras, y para no confundirte más, la materia va por un lado, respetando su proceso evolutivo; y la Mente de su Creador por otro, respetando su voluntad.

—El problema está de nuevo en la identidad ¿Quiénes somos nosotros y quién es él? ¿Por qué lo mencionamos siempre en tercera persona?

Y es aquí donde debemos recuperar una respuesta anterior, cuando hablaba de la tan manida trinidad y de nuestra incapacidad de comprender cómo tres elementos pueden llegar a ser uno y, a la vez, mantener su independencia.

En cualquier conversación o argumentación de este tipo, llegaremos al mismo punto: el gran viaje de regreso hacia el Padre que buscamos emprender a través de la religión, el yoga, la búsqueda intelectual o científica, el viaje interior... Es como el insaciable agujero de arena de **San Agustín**, siempre necesitado de agua.

Los griegos, al tanto de nuestras limitaciones a la hora de expresar conceptos abstractos, desarrollaron técnicas de conversación para liberarse de la tiranía del lenguaje: la dialéctica y la retórica permiten reforzar la argumentación, mientras la mayéutica socrática pretende conseguir repuestas mediante preguntas adecuadas, de la misma forma que el Koan utilizado por los monjes Zen.

¿Su intención? Utilizar la palabra para trascender la palabra.

Repito, para salir del bucle hay que romper, de alguna manera, los condicionamientos mentales; lo que suele hacerse a través de paradojas, koanes o experiencias emocionales muy drásticas. Mientras no consigamos desactivar este interruptor causando un ‘corto circuito’ en el recorrido por donde navegan nuestros estereotipos, seremos incapaces de visualizar otro rumbo.

De hecho, podríamos reiniciar la lectura de esta entrevista, en una secuencia interminable, cada vez que lleguemos a este punto ‘•’. Como un recorrido perpetuo a través de la *Cinta de Möebius*, mientras estemos apegados a este plano y a la esclavitud del lenguaje, no podremos tomar consciencia de otra realidad.

La tan codiciada iluminación no es gratuita: si la esperas con los ojos físicos, te deslumbra y llena tu vida de espejismos. No podemos estar en posesión de la ‘Verdad’, sencillamente, porque ella no está a nuestro alcance. Su reinado... no es de este mundo.

Los mercaderes del Templo

► *Hay quienes sólo conocen la realidad que reflejan otros ojos, limitando su mundo a una visión ajena. Como en la caverna de Platón, necesitan ser liberados de tal esclavitud para tomar verdadera consciencia de su ser* ◀

—¿Debemos entonces suspender la búsqueda?

Evidentemente, NO. Entre otras cosas, porque para ello encarnamos. Aunque intelectualmente no somos capaces de percibir los hilos que se manejan en esta realidad aparente, sí podemos ‘intuir’ que existe algo más allá de nuestra comprensión, un área reservada a los ‘dioses’ que siempre permanecerá fuera de nuestra visión terrena.

La verdadera sabiduría está en reconocer la propia ignorancia, recuerda **Sócrates**, añadiendo luego que sólo es sabio aquel que sabe que no sabe. Un juego de palabras que vuelve a retrotraernos al niño y el hoyo de arena: mientras más conocimientos adquieres, más se evidencia lo desconocido. No hay información suficiente para llenar tan enorme cáliz; ni tiempo, en una vida, para asumirla. La arena, ansiosa de agua, no la retiene, sino permite que fluya de nuevo, hacia su origen.

¿Puede contener toda el agua del mar? ¿Debe el niño seguir intentándolo eternamente? Tendrá que hacerlo, hasta que consiga entender que el agua y la arena se complementan en un equilibrio natural. Toda agua que descarga es absorbida, liberando de nuevo el espacio. El vacío y lo lleno se suceden en un ciclo infinito. Al igual que el niño, el conocimiento sustituye a la ignorancia, pero sólo un instante: hasta que descubre sus nuevas limitaciones.

—¿Es aquí cuando debemos recurrir a un Guía que nos oriente en este confuso camino?

Es aquí donde aparecen los salvadores de almas: *falsos profetas y maestros*, que llamaría **Pedro**; o *fariseos mercadeando en el Templo de Dios*, como los definió el propio **Jesús**. Nacen, crecen y se reproducen ante un espacio abonado por la necesidad de obtener respuestas, ante los

límites que la razón encuentra para descifrar las grandes incógnitas de la existencia.

— Se de algunos ‘Maestros’ que no estarían de acuerdo con esas afirmaciones.

Precisamente me refiero a ellos. Sus herramientas ya las conocemos: dogmas de fe, misterios indescifrables, leyes divinas, o símbolos sagrados que devienen en ritos diseñados a imagen y semejanza del profeta o líder espiritual de turno, del que reflejarán y heredarán su visión personal del mundo. Un pensamiento único disfrazado de dogmas multiuso capaz de castrar la libertad de perdidos viajeros a cambio de promesas ‘post mortem’ de una vida mejor.

Hay quienes sólo conocen la realidad que reflejan otros ojos, limitando su mundo a una visión ajena. Como en la caverna de **Platón**, necesitan ser liberados de tal esclavitud para tomar verdadera consciencia de su ser.

—Estamos hablando de muchos seguidores ¿De verdad piensas que hay tanta gente incapaz de detectar a estos falsos maestros?

No se trata de incapacidad o de ser o no idiotas. Si estas en medio del desierto y tu vida depende de alguien que tiene en su poder la fórmula para conseguir agua, no dudarías en seguirlo ciegamente. Así permanecerás, cautivo de su posesión, hasta el final de tus tiempos; sin que la necesidad te haya permitido valorar la posibilidad de encontrar, por ti mismo, la fuente de donde emana el líquido vital. No es lo usual encontrar quien te enseñe a construir el pozo con tu propio esfuerzo. Por desgracia, lo normal es tropezarse con quienes buscan en el secreto una forma de sumisión.

Hablábamos, hace un rato, de la prioridad que da el

cerebro a la supervivencia; pues bien, saciadas las necesidades básicas, también nos empuja hacia la búsqueda de conocimiento. Al igual que una copa no tiene sentido sin la existencia de un líquido que la llene, el cerebro ‘sabe’ que necesita información para satisfacer sus dudas y poder elegir, en caso de alternativas, una opción correcta.

Pero, y he aquí el problema, también está programado para buscar la solución más rápida ante cualquier conflicto; encontrando siempre el camino más corto. Para ello, toma atajos y tapa huecos según su criterio; sacrificando, si es necesario, la realidad.

Seguro que puedes leer el siguiente párrafo:

Sgeun un etsduio de una uivenrsdiad ignlsea, no ipmotra el odren en el que las ltears etsan ersciats, la uicna csoa ipormtnate es que la pmrirea y la utlima ltera esetn ecsritas en la psiocion cocrrtea.

El cerebro obvia el contenido real de cada palabra e ‘inventa’ una nueva disposición de letras que no le genera ningún tipo de conflicto. Desde luego, mucho más rápido que tratar de ordenar y entender racionalmente tal rompecabezas lingüístico. Podemos decir que funciona en automático, sin intervención de la mente racional. Ante la duda, prioriza la resolución más rápida. Se trata de una acción refleja fácil de condicionar que, cada vez más, es utilizada en estrategias psicológicas aplicadas a la publicidad y la política.

Sin embargo, un recurso que ahorra toma de decisiones intrascendentes; puede llevarnos a estados de servilismo inimaginables si la mente no consigue, a tiempo, sobreponerse a ello.

¿Por qué hay más súbditos que reyes, indios que jefes, o empleados que directores? Porque a la mayoría de

los humanos les resulta más fácil cumplir órdenes que tomar decisiones. Y esto parece sobredimensionarse en el terreno que concierne al espíritu, donde las opciones no son tan tangibles ni la educación tan fiable. Cuando activamos el programa ‘búsqueda existencial’ sin el refuerzo mental adecuado, o frente a una situación emocional inestable, nos convertimos en carnada ideal para cualquier propuesta externa que nos encamine hacia la ‘salvación’.

En cualquier ámbito de la vida es mucho más común plegarse a la voluntad de otras personas, en apariencia, más informadas que nosotros, que tratar de adquirir los conocimientos necesarios que nos permitan tomar nuestras propias decisiones. Lo que puede ser cierto en el terreno práctico del quehacer cotidiano, se convierte en riesgo cuando hablamos de campos menos empíricos y más subjetivos donde la experiencia personal es decisiva. Por supuesto, hablo de las creencias religiosas, especialmente sensibles a la manipulación.

—¿Cómo podemos reconocer a estos impostores?

Por sus obras los conoceréis, afirmaba **Jesús** según **Mateos**. Ciertamente, es una buena vara de medir. Quien realmente haya sido capaz de extraer agua de la seca arena del desierto no tendrá inconveniente en enseñar a los demás como hacerlo por sí mismos. Sabrá ya que la fuente puede saciar la sed de cuantos viajeros transiten por su camino.

A **Sócrates**, por el contrario, le interesaban más las palabras: *Habla para que yo te conozca*, decía. Confian-do que podía detectar el alma de las personas a través del verbo. En lo que haces y lo que dices desvelas lo que piensa tu corazón.

—¿No tendrás por ahí algún detector de charlatanes?

Precisamente llevo uno conmigo, anota:

NO a la fe por dogma.

NO a los secretos.

NO a los elegidos.

NO a los mercaderes del templo que rentabilizan la información.

NO a la manipulación disfrazada de buenos propósitos.

NO a los salvadores del alma ajena a cambio de monedas de plata.

NO a quien excluye.

NO a ritos indescifrables y...

NO a la utilización del conocimiento como herramienta de poder y manipulación.

A pesar de todas estas pistas, son una especie inextinguible, como la humanidad misma. Cuando los detectas, cambian de vestidura y, cual camaleón, se adaptan a los nuevos pensamientos, a las nuevas tecnologías. Desde los años 60's se han convertido en 'progres', e intentan sostener sus teorías en principios científicos adaptados a conveniencia. Son los telepredicadores cuánticos, vestidos de psiquiatras, psicólogos, biólogos o físicos de vocación que han encontrado en la PNL (Programación Neurolingüística), en el inconsciente colectivo de **Jung**, en el **Gato de Schrödinger** o en el experimento de la doble rendija de **Young**, un filón para sustentar sus rentables propuestas. Todo, por supuesto, aderezado con liberos mensajes cristianos y budistas.

Dicho esto: por sus obras y palabras los conoceréis.

—Si es tan fácil reconocerlos, ¿por qué siguen apareciendo tantos Guías de lo espiritual?

Puro marketing, es cuestión de oferta y demanda. Mientras más necesidad de aprender, más negocio para quienes están dispuestos a enseñar. En esta sociedad mercantil en la que vivimos, podemos afirmar que siempre que alguien tiene la voluntad de comprar aparece otro dispuesto a vender. Es un principio básico de nuestras relaciones sociales y emocionales.

En épocas de crisis personal o social la demanda se acentúa, y el negocio de la redención alcanza su mayor auge. El dolor ajeno es fácil de manipular, y el hambre —física y espiritual— nos hace perseguir cualquier miga de pan esparcida a lo largo de caminos que no nos pertenecen.

—Vale, imaginemos que la búsqueda a través de un maestro no es el camino, entonces ¿cómo nos orientamos?

Si fuera un monje Zen te contestaría algo así como: ¿para qué emprender un camino si no tienes claro a dónde quieres llegar? Por cierto, un planteamiento muy cercano al del gato **Cheshire** con **Alicia**.

Como no es el caso, voy a intentar explicártelo.

Un maestro, guía o afín, no es más que alguien que ya ha obtenido el conocimiento y que, en teoría, puede transmitírselo a otros. Esto, que funciona cuando hablamos de información o de una serie de habilidades incluidas en nuestro espacio cognitivo, es de difícil aplicación en el campo de la experimentación mística. Entre otros motivos, porque no somos clones encaminados a reproducir repetitivamente determinada conducta, sino que, por el contrario, cada ser humano es poseedor de factores diferenciales que le hacen único dentro de su especie.

Veamos.

Un carpintero puede entrenar al aprendiz en el aspecto eminentemente funcional de su profesión: utilizar de forma adecuada las herramientas, la elección correcta de materiales, o la colocación conveniente de las piezas. En este sentido, transmitirá mejor o peor —dependiendo de sus facultades didácticas— unos conocimientos adquiridos a través del estudio y perfeccionados por la práctica. Sin embargo, nunca podrá comunicar, al menos con palabras, las vivencias experimentadas en el desarrollo de su actividad: el sentimiento al terminar una obra a la que se ha dedicado en cuerpo y alma, o la inspiración que le ha permitido crear una pieza irrepetible; lo que solemos llamar el ‘alma de la profesión’, aquello que nos diferencia de los demás a la hora de realizar un trabajo con los mismos elementos.

El Arte, en general, es un buen ejemplo de ello, ya que cada artista debe poseer un importante plus de intangibilidad percibido a través de las tan recurridas musas. Un impulso creador que utiliza la técnica como mera herramienta para manifestarse y que trasciende, en mucho, al aprendizaje.

Sin perder su identidad, cada alumno deberá recorrer por sí mismo ese personal camino utilizando, sólo como referencia, las instrucciones de aquel que dice haber transitado por allí.

Adquirir la personalidad del maestro o tratar de revivir sus experiencias no es el objetivo, ni siquiera el camino, como bien planteas en tu pregunta; aunque sí puede ser una referencia que nos permita reconocer y superar obstáculos en el recorrido. Un mero apoyo que debemos abandonar enseguida para iniciar una nueva etapa libre de cualquier dependencia.

Utilizar a un maestro como objetivo, camino o bas-

tón nos somete a su voluntad alejándonos de la senda. La línea que separa el proceso religioso de la sumisión incondicional y sectaria, es muy delgada.

—*Jesús es el camino, la verdad y la vida ¿Te suena?*

Según el evangelio de **Juan**, es la respuesta de **Jesús** a la pregunta de **Tomás**: *Si no sabes a dónde vas; ¿cómo, pues, puedes saber el camino?*. En la mitología cristiana, **Jesús** no es un maestro convencional. Se trata de una entidad encarnada en esta realidad, que definimos como tridimensional, que vino a recordar el sentido de la vida a una especie humana desmemoriada. Una labor complicada que culminó en sacrificio.

Cada persona tiene una misión personal y colectiva que cumplir durante su vida y para tomar conciencia de ello ha de sobreponerse al ‘Príncipe del Mundo’, que le impide ver más allá de sus placeres y necesidades materiales. Cada **Cristo**, o **Mesías**, nos propone recuperar la senda que ‘conduce al Padre’ a través de un mandamiento universal: amar al prójimo como a nosotros mismos y al Padre, por sobre todas las cosas.

Es evidente que el concepto de camino aquí utilizado difiere mucho del ‘viaje’ al que estamos haciendo referencia. A nadie se le ocurre pensar que este buen hombre nos invita a dejarnos torturar y crucificar como mecanismo de redención, o nos propone el celibato como método de purificación.

A esta contestación, le falta la última parte: *...nadie viene al Padre si no es a través de mí*, y es que **Jesús** se esforzaba en recordar que él y el Padre son la misma persona: *Si me conocierais, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis y le habéis visto*. En este sentido, camino y lugar de destino se funden en un

concepto único.

Jesús, junto al **Padre**, son la meta, pero será el **Espíritu Santo** el responsable de enseñarnos lo necesario para emprender el camino hacia ellos. Retomamos entonces la figura de **Hermes** como responsable de esa ‘transmisión’ divina, o del Titán **Prometeo**, quien protege y orienta a los humanos a costa de su propia vida.

De esta afirmación tan repetida en los evangelios, resulta un silogismo revelador: Si el **Espíritu Santo** es la luz que debemos seguir en la búsqueda, y este forma parte de nuestra santa trilogía, ¿qué hacemos recurriendo a elementos externos para encontrar un camino que discurre dentro de nosotros?

No hace falta que respondas, lo hago yo: llevamos siglos siendo educados para servir: a Dios, al Faraón, al Cesar, al Rey, al Chaman, al Jefe... convirtiéndonos genéticamente en verdaderos dependientes mentales. En la historia negra de nuestra humanidad, el poder, y los grupos que lo conforman, siempre se ha levantado sobre la ignorancia y el miedo. Estos Organizadores, una clase dominante que ha ido heredando el poder generación tras generación, han conseguido adueñarse de nuestra voluntad a través del adoctrinamiento religioso, político y social; transformando la raza humana en una especie incapaz de tomar decisiones. Por ellos vamos a la guerra, morimos, ayunamos, nos flagelamos, repartimos nuestros bienes... y hasta rezamos. Cada vez que se ven descubiertos cambian sus vestiduras, mientras simulan delegar el gobierno en un pueblo convencido de su libre albedrío, cediendo una parcela política a cambio del control económico o religioso.

Este ADN ‘sumiso’ es fácilmente moldeable por quienes disponen de las herramientas necesarias para

ello, sobre todo, en lo que a la permanente búsqueda de identidad se refiere.

—¿Por qué caemos tan fácilmente en esta sumisión espiritual?

Por los mismos motivos que nos arrastran hacia la sumisión ideológica, perdiendo nuestra individualidad en favor de la voluntad de otro.

Hay dos factores que determinan la condición humana y su visión de la realidad: el sufrimiento y la felicidad; algo que **Freud**, más radical, definió como pulsión de vida (**Eros**) y pulsión de muerte (**Thánatos**), dos impulsos que influyen instintivamente en la conducta. Se trata de los motores que conducen nuestra vida. Por un lado, el ser humano, en su búsqueda de bienestar, va disminuyendo hasta niveles alarmantes su sensibilidad al dolor; hasta tal punto que la algofobia –miedo al dolor— se ha convertido en un trastorno común. Y por otro, el aumento del hedonismo en la sociedad actual sobrevalora la sensación de placer, transformándolo en objetivo final de la vida.

Manipulando adecuadamente estos extremos, es fácil gobernar la voluntad; sólo necesitamos introducir en esta ecuación esencial dos técnicas ‘educativas’ básicas: el premio y el castigo. No hace falta recurrir a **Pavlov** o **Skinner** para evidenciar lo efectivo de la manipulación de la conducta a través de estas dos acciones. Tú has tomado la decisión de sentarte en esa silla, evitando la de al lado que aparenta ser más incómoda. Seguramente ni lo has pensado; el cerebro ha hecho por ti la selección basándose en factores de confort. Esto, que no ha pasado de ser un gesto inocente y natural, puede programarse para condicionar todos tus actos. La propaganda y la psicología del marketing dan fe de ello.

Dukkha

► *El hecho de nacer conlleva la certeza de morir, y el temor a dejar de ser. Por si esto fuera poco, entre los dos extremos se extiende un largo sendero de incertidumbre que se alimenta de la transformación constante* ◀

—¿Nos manipulan a través del sufrimiento?

Las religiones se sostienen sobre una confrontación permanente entre cielo e infierno, autoproclamándose responsables de decidir entre quienes merecen ser recibidos por dios y quienes por el diablo. Esta preciada llave en manos de **Pedro** abre las puertas de la voluntad humana, y les permite regir nuestro destino a través de normas y mandamientos escritos a conveniencia. Tal es la fuerza de este dominio, que somos capaces de sacrificar el bienestar en este mundo a cambio de un cheque sin fondo a cobrar vía espiritual, lo que nos convierte en felices sufridores en espera del *Walhalla* (cielo vikingo). En una actitud muy humana, cambiamos bienaventuranza eterna por pasajeras desdichas.

La religión nos promete felicidad y vida eterna tras una vida llena de sacrificios, manteniendo a sus fieles sometidos a una compleja maraña de ritos, mandamientos y sagradas escrituras. La política propone eludir el sufrimiento y satisfacer las necesidades básicas a cambio de poder para decidir sobre la población a través de normas que coaccionan, cada vez más, la libertad individual.

El sometimiento se evidencia, aún más, al ver como sacerdotes y gobernantes se convierten en redentores de nuestros pecados e infracciones; transformando el perdón en una de sus armas más poderosas. El miedo al castigo genera obediencia; pero, como si de un cruel juego se tratara, un premio a tiempo ayuda a soportar y dulcificar la imagen del verdugo. En el mercadeo ideológico, primero se intimida con una situación socialmente perversa para luego dirigir el pensamiento hacia determinadas propuestas programáticas.

Lo que intento explicarte es que, utilizando el sufrimiento, una pequeña minoría domina religiosa, económi-

ca y socialmente, a los miles de millones de habitantes del planeta. Y que esto lo consiguen a través del miedo al infierno, la ruina económica, el hambre o el desahucio; mientras pequeñas recompensas, en el momento preciso, consiguen comprar la indiferencia y aplacar cualquier pensamiento revolucionario.

—¿Lo que de ninguna manera podemos negar es que el sufrimiento es muy real?

¿Qué si es real? Sin el sufrimiento no tenemos razón de ser. Al igual que un velero que sin fuerte viento queda a merced del mar; o un trozo de frío mármol que no cobra vida sin los golpes certeros del cincel; nuestra existencia terminaría varada en la orilla sin el empuje de las olas. El sufrimiento es tan real como nuestro anhelo; la necesidad de aferrarnos a las personas, a las cosas... a la vida misma.

Superando la ignorancia que nos encadena a la ilusión de un YO que reptar por la vida sin rumbo conocido, seremos capaces de aprovechar la tormenta para orientar la nave que hemos decidido abordar en este viaje.

Se sufre al envejecer, al enfermarse, separarse de lo placentero, con la incertidumbre, el miedo, el dolor físico, o el hambre. Mientras disfrutamos al sentirnos más jóvenes, cumplir nuestros deseos, vencer el miedo, sanarnos o saciar nuestro apetito. De alguna manera, podemos decir que el sufrimiento es la antesala de la felicidad.

Dukkha es un término Pali de difícil traducción en otros idiomas porque incluye varias acepciones, de las cuales, la idea de sufrimiento es la más común. Sin embargo, su significado va mucho más allá, hasta el peso del karma que vamos arrastrando nacimiento tras nacimiento. La esencia inherente a la propia vida y que está

condicionada por la muerte, y no estoy hablando de reencarnación, sino de energía que cambia constantemente de estado.

Karma no es más que la consecuencia, en el presente, de un acto realizado en el pasado. Cada deuda que adquieras hoy dejará un saldo pendiente que tendrás que pagar en algún momento del futuro. Hasta que no lo hagas, la cuenta estará en rojo. Sólo cuando consigas equilibrar tal déficit conseguirás liberarte del compromiso adquirido. No tendrás ya que volver a ‘trabajar’.

Parirás con dolor, sentenció Dios a Eva mientras la echaba del Paraíso; cargando al Hombre con un pecado original que se verá obligado a arrastrar hasta el final de los tiempos. Una alegoría muy acertada donde **Eva** representa a toda la especie que, parto tras parto, ha de enfrentarse, con dolor, al ciclo de la vida y la muerte.

—También existen sufrimientos que no llegan a transformarse en felicidad.

El hecho de nacer conlleva la certeza de morir, y el temor a dejar de ser. Por si esto fuera poco, entre los dos extremos se extiende un largo sendero de incertidumbre que se alimenta de la transformación constante. Del cambio, resultado de la impermanencia, deviene la pérdida, y de esta, la frustración. El apego, es su gran aliado.

Vivir y sufrir son dos notas de una misma partitura. No se trata de asumir una visión pesimista de la existencia, sino de reconocer la oportunidad de aprender a componer con ambas una bella y armónica melodía. Son las notas más bajas las que elevan a las alturas a las más sutiles.

Claro que el final de todo sufrimiento no deriva en felicidad: una pérdida irreparable de alguien o algo que

no podemos reemplazar lo puede convertir en permanente. No he dicho que debemos aprender a ‘no sufrir’, manteniéndonos insensibles ante cualquier aflicción; ni siquiera he insinuado que debemos buscar refugio en la aceptación o la comprensión. Todo lo contrario, se trata de tomar consciencia de este duro proceso a través del estudio y conocimiento de nuestro propio ser.

De todos los sufrimientos, la pérdida de un ser querido es, sin duda, el que produce mayor impotencia por su carácter irreversible. Es inevitable y hasta recomendable pasar por una fase dolorosa mientras la mente asume esa nueva realidad. Pero, más allá de este luto, renacen cuestionamientos que hay que comenzar a afrontar: el sentido de la vida; hacia dónde vamos, de dónde venimos... En este caso, el dolor nos recuerda que la vida es perecedera, y que sentarnos a esperar su fin es, al menos, una estupidez.

Al igual que el dolor físico permite detectar a tiempo problemas de salud, el sufrimiento SIEMPRE lleva consigo un impulso positivo que nos ayuda a crecer. Encontrarlo es nuestra responsabilidad.

Clive Staples Lewis, autor de **Las Crónicas de Narnia**, escribió un acertado párrafo en este sentido: *El dolor es el megáfono que Dios utiliza para despertar a un mundo de sordos; porque somos como bloques de piedra, a partir de los cuales el escultor poco a poco va formando la figura de un hombre, los golpes de su cincel que tanto daño nos hacen, también nos hacen más perfectos.*

—¿No estas exponiendo un sufrimiento demasiado idílico?

Utilizando el recurrente símil informático, digamos que es un algoritmo grabado en el ADN con la finalidad de

evitar que nuestra especie se ahogue en el balsámico y aburrido mar de la tranquilidad. Puedes plantearlo también como las señales que nos rebelan lo acertado o no de nuestras decisiones vitales.

Sea cual fuere su sentido, no se trata de ‘disfrutar sufriendo’; una alteración de la mente que solemos llamar masoquismo. Sino de aprender a descifrar su código para enmendar nuestra conducta. El sufrimiento no es un objeto de placer, sino una oportunidad de crecimiento.

Hasta aquí no me preocuparía; podemos entenderlo como un elemento natural perturbador que nos ayuda a forjar nuestro Ser. El mayor problema surge cuando alguien lo utiliza conscientemente como castigo, con la cruel intención de dominar voluntades. Y no hablo de torturas, que sería su expresión más extrema; me refiero a manipulaciones ontológicas mucho más difíciles de detectar y superar. Es un ‘sufrimiento artificial’, generado a voluntad con la intensión perversa de manipular a la víctima.

Hemos sido educados sobre el lastre del pecado original, que no es más que el reconocimiento de la imperfección humana frente a las virtudes divinas. Por adoctrinamiento religioso, nos sentimos culpables de existir, como rémoras de la expulsión del Paraíso, y decidimos sufrir para redimir nuestros pecados. La mente busca en el dolor una forma de saciar este estigma, lo que produce efectos innegables en el comportamiento.

Seguro que conoces a alguien que busca constantemente motivos para sentirse desdichado... verdadero rastreador de sufrimientos. Se trata de una personalidad cada vez más común en una sociedad afectada por siglos de adoctrinamiento.

Digamos que el sufrimiento está sobrevalorado en su

percepción y sobreutilizado en su manipulación; y que sólo pretendo transmitir una visión más rentable y menos ‘dolorosa’.

—Entonces, ¿hay varios tipos de sufrimiento?

Aunque los síntomas pueden llegar a ser los mismos, su origen varía. Sabemos que la prioridad del cerebro es la supervivencia, y que tiende a resolver cualquier conflicto de la forma más simple posible. Es un verdadero negociador de situaciones estresantes; hasta un punto, que está determinado por su propia capacidad de relacionar los datos necesarios para resolver una amenaza. A nuestro cerebro no le gusta la incertidumbre; dentro de su programación, todo lo desconocido implica peligro. Si no localiza en su archivo histórico ninguna referencia... se incomoda, un malestar que traduce en sufrimiento.

Dentro de este temor a lo desconocido se incluye nuestra inquietud existencial. Un terreno que trasciende el plano material y que se ha convertido en el abono perfecto para todo tipo de propuestas místicas, espirituales o divinas. Por este sendero transitan guías, gurús, maestros y consejeros de lo intangible.

Por otro lado, no es la ignorancia el camino más fácil para llegar al sufrimiento. Sí lo es el apego, en todas sus manifestaciones. Desde el nacimiento, el ser humano está diseñado para ir complementando su personalidad en base a adquisiciones que reflejan la visión que tiene de sí mismo. El anhelo de poseer es intrínseco a su naturaleza, y esto es así, porque la posesión, al igual que el conocimiento, satisface su básica necesidad de seguridad.

En un gran error existencial. A consecuencia de su proceso evolutivo, el hombre está convencido de que es el resultado de la suma de todas sus pertenencias. Esta

búsqueda constante, le lleva a adquirir objetos, personas e ideas que pasan enseguida a condicionar su vida. No se da cuenta que, en cada uno de ellos, deja un fragmento de sí mismo; cuando creemos adueñarnos de algo o de alguien, estamos generando un vínculo energético invisible pero real. La posesión SIEMPRE recorre dos direcciones.

Imagina pequeños hilos que te van uniendo a todo lo que posees: al coche, la casa, la pareja, el ordenador, el reloj, la ropa, el naturismo, el club, la política, las personas... En algún momento estarás tan ocupado en mantener el equilibrio que olvidarás quién es realmente el ser que dirige los hilos. Ese lazo de unión condiciona el presente de ambos extremos: al poseedor y a lo poseído.

Cada cosa o persona que decides incluir en tu inventario va llenando la mochila de tus dependencias. El peso que sumamos a lo largo de una vida llega a ser insoportable y algunos terminan aprisionados bajo su carga.

Estás rodeado de situaciones y elementos que absorben casi todo tu tiempo:

- ¿Dónde aparqué el coche?
- ¿Dejé encendido el ordenador?
- ¿Dónde puse el móvil?
- ¿Tengo que llamar a...?
- Llego tarde a la cita.

De manera que un maravilloso y complejo ser humano acaba siendo una proyección del entorno. Su identidad se diluye entre sus pertenencias y, lo que es peor, por convencionalismo social, estas llegan a determinar su identidad.

Aun así, todo esto no pasaría de ser una anécdota si no fuera por lo efímero de la existencia: de la nuestra, y de todo lo que nos rodea. El sufrimiento nace de la pérdida y se acrecienta con el apego. Con cada hilo que

se rompe, una parte de nosotros se desprende... y esto duele. A más afecto, más aflicción. Vivimos en una eterna lucha entre lo que somos y lo que tenemos. Esta confusión es la principal causa del sufrimiento.

—¿Qué somos si eliminamos lo que tenemos?

Un gran pino de Navidad que ha perdido los adornos tras una fuerte nevada o, si quieres, un trozo de mármol que, eliminando lo superfluo, ha revelado la perfección de la figura humana; o, tal vez, un actor que, tras despojarse de disfraces y postizos, abandona su personaje para recuperar su identidad.

¿Desaparece el árbol cuando pierde sus oropeles?, o más bien, descubre quién es en realidad.

Para apreciar la escultura, ¿no debemos primero desecharla la piedra que la oculta?

Si queremos conocer al actor, ¿no es necesario esperar a que finalice la obra?

El sufrimiento aparece cuando nos identificamos con el adorno, la piedra o el disfraz, sin reconocerlos como lo que son: elementos transitorios que debemos utilizar a conveniencia. Es entonces cuando surge la pregunta, ¿qué somos si eliminamos lo que tenemos? **Aristóteles** seguramente te diría que somos más que la suma de las partes, algo que va en línea con los holistas y la **Gestalt**. Mientras que un budista, minimalista al fin, lo reduciría a: somos lo que queda cuando eliminamos lo que tenemos. Como siempre, todo va a depender de quien crees tú que eres en cada momento.

De todos los apegos, el más difícil de aceptar y arduo de superar es el que nos tenemos a nosotros mismos, porque estamos convencidos de que somos sólo lo que percibimos a través de los sentidos; de ahí que nuestra propia

‘eliminación’ sea, sin duda, el desprendimiento más doloroso. TODO lo externo, incluido el propio cuerpo, son las herramientas que te permiten avanzar en tu trayectoria vital y TODAS ellas, incluido el propio cuerpo, son de usar y tirar. Muletas que debemos abandonar después de haber cumplido su cometido.

Esta idea que dibuja una fina línea de separación entre el Ser y su manifestación física ha sido una constante religiosa. En las escrituras hay al menos, dos referencias reveladoras al respecto: *¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?* Corintios 6:19; y *...vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu* Romanos 8:9.

Tras una ecuación simplista, hay quien llega a ver en el castigo corporal la mejor manera de alabar a la divinidad, culpando al cuerpo de todas sus desdichas: un hecho, místicamente aceptable, que ha dado lugar a verdaderas atrocidades ejecutadas en nombre de dios. La autoflagelación o el suicidio ritual son sólo dos tristes ejemplos del fanatismo humano, fruto de la ignorancia y la manipulación.

En el otro extremo, quienes encuentran en el placer y el culto al cuerpo el único objetivo de su vida, desechando cualquier propuesta que exceda los límites de la percepción.

Lo cierto es que, tanto si transitamos por ‘El Mapa del Infierno’ de **Botticelli**, o por ‘El Jardín de las Delicias’ de **El Bosco**, el sufrimiento siempre revela lo fugaz de nuestra existencia.

Es en este campo de batalla entre ‘ser’ y ‘tener’, donde germina el sufrimiento.

—Si queremos Ser, ¿debemos entonces convertirnos en ascetas y desprendernos de todas nuestras pertenencias, tal y como recomendó Jesús a los apóstoles?

Acercarse a lo divino alejándose de lo profano es un camino místico más, un atajo que huye de las tentaciones a costa de evitar placeres materiales. Gran problema, sin duda, para la propagación de la especie. A través del sacrificio y la penitencia, el asceta pretende volarse de un plumazo el karma; en terminología católica y según **San Juan de la Cruz**, liberarse de todos sus pecados. Estigmas, levitaciones y bilocaciones, le revelarán la unión con Dios en un éxtasis inefable.

Este Plan ‘B’, que busca la purificación por medio del aislamiento, no deja de ser una forma de ‘huelga’ ante la gran oportunidad de vivir. Me recuerda mucho a quienes deambulan por el extremo contrario... convencidos de haber alcanzado la eterna felicidad. Imagina la decepción de un Padre, que ve como después de formar, criar y educar a un hijo, este decide recluírse en casa durante toda su existencia para evitar una realidad que le intimida. Sin duda, tras años de confinamiento y penalidades, el solitario vástago empezará a evidenciar experiencias místicas más cercanas a la alucinación que a la revelación divina.

Si, como dices, queremos Ser, y visto que Ser implica Tener; y tener implica Sufrir, no nos queda más que administrar de forma adecuada nuestra respuesta ante el sufrimiento. Y es aquí donde interviene la mente.

—¿Interviene la mente?... ¿Qué quieres decir?

Ante la posibilidad de sufrir, ya sea por anhelo, pérdida o temor a lo desconocido podemos tomar el mando de la situación y elegir entre tres caminos:

Primero, nos sentamos a quejarnos de lo desdichado que somos, de nuestra mala suerte.

Segundo, nos adherimos ciegamente a respuestas ajenas: religiones, escuelas, cursos, o libros de auto-ayuda.

Y tercero, estudiamos la forma de solventar y superar la situación.

La última opción es la responsable de la pervivencia de la especie humana; la segunda, lo es de su naturaleza servil; y la primera, que decir la de la primera... nos hubiera extinguido como raza hace ya millones de años.

Inclinarse por una de las tres continúa siendo una decisión individual que diferencia a los emprendedores —capaces de vencer la adversidad—, de quienes caen prisioneros del temor y... deciden sufrir.

Esto es Libre Albedrío, el mismo que tuvo **Eva** para decidir entre comer o no la manzana.

Felicidad

► *Además de ambiguo, Felicidad es un término que ha sabido aglutinar a su alrededor una enorme aureola de estupidez; no en vano el propio Freud llegó a entender sólo dos maneras de alcanzar la Felicidad: "...hacerse el idiota, o serlo" ◀*

—Bueno, resumiendo: Si queremos ser felices no nos queda más que olvidar la conjunción de dos verbos: tener y desear.

Curiosamente son los dos verbos que más nos hacen crecer. Los remos que nos ayudan a avanzar a través de ese mar tormentoso al que llamamos vida. No somos felices cuando abandonamos todo, libres de preocupaciones... como un bote a la deriva. Por el contrario, lo somos cuando conseguimos objetivos y llegamos a buen puerto a través del conocimiento y el esfuerzo.

El cerebro utiliza el anhelo como incentivo: anhelamos comer, tener sexo, poseer una vivienda... deseos vitales para la pervivencia del cuerpo y la estabilidad de la mente. En la consecución de estos objetivos alcanzamos cortos y percederos estados de felicidad, el cuerpo produce endorfina como premio a nuestro buen hacer. Mientras el perro de **Pavlov** segregaba saliva ante la evidencia del alimento, el cerebro del científico producía dopamina tras la satisfacción de descubrir el reflejo condicional.

El sufrimiento es inherente a la vida y lo que da sentido al camino, es el motor que nos impulsa en el viaje. La felicidad no es más que la sensación pasajera que percibimos al alcanzar cada meta, el estímulo que nos ayuda a emprender el siguiente tramo del sendero.

Cuando desaparece la necesidad de sufrir que va unida al nacer, desaparecen las metas y hasta el sendero se diluye.

Resumiendo: no nacemos para ser felices. La felicidad es una consecuencia de la buena gestión que hacemos de Dukkha, un constante estado de insatisfacción que emana de la ilusoria necesidad de proteger esa construcción mental que conocemos como 'Yo'.

—¿Construcción mental que conocemos como Yo?

Sí, al igual que un avatar en un juego de realidad virtual es una construcción de la mente de su usuario, nosotros somos la proyección del pensamiento de alguien o algo que nos ha creado con quién sabe qué oscuras intenciones.

—Ahhh, lo del ciclo del agua y el niño de San Agustín. Bien, parece que todo empieza y termina con el bendito hoyo de arena.

En efecto, todo empieza donde termina y termina donde empieza. De eso ya hemos hablado.

—Sigamos, pues, con la felicidad, que es algo más de este mundo. He creído escuchar que “no nacemos para ser felices”; este concepto, además de defraudar a los padres fundadores de los Estados Unidos, destila un aire de pesimismo que parece ir en contra del sentido de la vida que muchos hemos asumido.

Repasemos primero la visión 'oficial'. Para la Real Academia Española, Felicidad es el *estado de ánimo que se complace en la posesión de un bien*; un alarde de materialismo hispano que une peligrosamente las ideas de satisfacción personal y hacienda. Sin duda, la influencia de **Groucho Marx** ha sido determinante en la redacción de los académicos; ya decía el talentoso hermano que, *la felicidad está hecha de pequeñas cosas: un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna...* Lo cierto es que la RAE ha escamoteado, de un plumazo, la posibilidad de ser feliz a todos aquellos que no disponen de los bienes necesarios para alimentar su complacencia utilizando, para ello, una fórmula perversa: a más posesiones... mayor posibilidad de ser feliz.

Aun así, no son pocos quienes reniegan de este nexo indestructible entre lo que soy y lo que tengo. Mientras que para **Henry Van Dyke**, escritor norteamericano, la felicidad no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos, para **Antonio Gala**, el secreto reside, simplemente, en darse cuenta de que nada es demasiado importante. **Bertrand Russel** llegó a sostener que *...carecer de algunas de las cosas que se desean, es condición indispensable de la felicidad*. El propio **León Tolstoi** tenía claro que, la verdadera felicidad: *...consiste en apreciar lo que se tiene y no desear con exceso lo que no se tiene*. Finalmente, el novelista **André Maurois**, estaba convencido de que, para ser feliz, sólo se necesita *...un poco de cielo azul encima de nuestras cabezas, un vientecillo tibio y la paz del espíritu*.

Por supuesto, no podían faltar los budistas, quienes, por aquello de llevar la contraria a los académicos, llegan a afirmar tajantemente que *un mismo elemento no puede, a la vez, ser causa de felicidad y de sufrimiento, ya que el apego es uno de los caminos más cortos hacia Dukkha*.

Y no olvidemos a los pesimistas como **Flaubert**: *La felicidad es una cosa monstruosa. Quienes la buscan encuentran su castigo*; **José Luis Sampedro**: *No me interesa la felicidad. Pero no exigir demasiado hace más fácil llevarse bien con uno mismo, que es mi sustituto de la felicidad*; **Miguel de Unamuno**: *La felicidad no es cosa fácilmente digerible; es, más bien, muy indigesta*; o el mismo **Voltaire**: *La dicha no es más que sueño, y el dolor la realidad*.

Ni tampoco obviemos a los generosos, para quienes el nivel de felicidad depende de nuestra capacidad de entrega. Ya lo decía **Aristóteles**: *La verdadera felicidad consiste en hacer el bien*; el escultista **Baden-Powel**: *La*

manera de conseguir la felicidad es haciendo felices a los demás; o el mismo **Beethoven**, *Hacer felices a otros hombres: no hay nada mejor ni más bello*.

Como verás, en las mentes más ilustres existe un genérico desacuerdo con respecto al significado de estas nueve letras. Tal vez **William Shakespeare** tenía razón cuando afirmaba que *sería muy poco feliz si pudiera explicar hasta qué punto lo soy*.

—**¿Será que tiene más que ver con lo que somos y no con lo que tenemos?**

De hecho, hay quienes piensan que este tan buscado sentimiento va mucho más allá de los bienes terrenales. Desde un **Sartre** convencido de que *no se trata de hacer lo que uno quiere sino de querer lo que uno hace*; hasta el filósofo **John Locke**: *Los hombres olvidan siempre que la felicidad humana es una disposición de la mente y no una condición de las circunstancias*.

No falta, además, quien la relacione con la realización personal, la sabiduría, la aceptación o la claridad de miras. Tal es el caso del escritor **Jorge Bucay**: *La felicidad es la certeza de no sentirse perdido*; de **Erasmus de Rotterdam**: *...consiste, principalmente, en conformarse con la suerte; es querer ser lo que uno es*; o del poeta **Sófocles**, que afirmaba ya en la Grecia clásica que, *El saber es la parte más considerable de la felicidad*.

Con todas estas citas sólo pretendo llamar tu atención acerca de la variedad de opiniones que existen acerca de un concepto que se ha convertido en el motor de nuestras vidas. Es al menos curioso que, alrededor de una noción tan abstracta y discrepante, se engranen hoy todos los mecanismos de nuestra sociedad: economía, religión, psicología, justicia, sanidad...

Alguien que entendió perfectamente esta obsesión humana fue **Aristóteles**, y así lo dejó claro en su máxima, *Todos los hombres aspiran a la felicidad*. Para el filósofo griego, este es el fin último del hombre, y la forma de alcanzar la **eudaimonia**, o plenitud del ser.

—Entiendo que sea un término que genera controversias, pero, no puedes negar que esa sensación placentera que todos disfrutamos esporádicamente es rigurosamente real.

Hay otra anotación de la RAE que va más de acuerdo con esa “sensación placentera” a la que te refieres. Se trata del ‘bienestar’, que define como: el *Estado de la persona humana, en el que se le hace sensible el buen funcionamiento de su actividad somática y psíquica*. El mismo diagnóstico que **François Sagan** aplica a la felicidad, que es para ella, ... *gozar de buena salud, dormir sin miedo y despertarse sin angustia*.

A pesar del diccionario, la idea de felicidad que subyace en la mayoría de las personas humanas (citando a la RAE), la sitúa en un estadio superior al de la simple sensación de bienestar físico o psíquico, o de la posesión transitoria de un bien. Al contrario, se trataría de un sentimiento más universal y trascendental que abarca cualquier expresión humana. Lejos de ser una fase esporádica de placer, parece transportarnos a un estado de exaltación que alimenta más al alma que al cuerpo. Diría, siendo un poco más gráfico, que **la felicidad está más cerca del amor que del orgasmo**.

La secreción de dopamina, serotonina y endorfinas no solo se generan tras el bienestar físico, también responden a pensamientos placenteros y a estados de consciencia capaces de aceptar y comprender el devenir, resultado

de una lucha constante entre el Karma y el Dharma, entre lo que debo y lo que soy capaz de atesorar para pagar esa deuda. Cuando asumimos realmente nuestra condición, cuando el ser y el estar se confunden en una sola entidad, cuando la oscuridad no consigue ocultar el camino..., sólo entonces, los anhelos, el sufrimiento y las desdichas dejan de ser un obstáculo para convertirse en oportunidad.

Anhelar la felicidad no deja de ser una gran paradoja, tal vez, la peor de ellas. Buscarla, sin embargo, es un “derecho inalienable” de nuestra especie, tal como lo establece la masónica Declaración de Independencia de los Estados Unidos, rubricada por **Thomas Jefferson** y **Benjamín Franklin**.

—No consigo ver la diferencia entre ‘anhelar’ y ‘buscar’ ¿No se anhela todo lo que se busca?

Si quieres encontrar algo valioso que has perdido, emprendes una búsqueda concienzuda, vuelves sobre tus pasos, revisas los rincones... En fin, de forma inteligente y racional tratas de abarcar todas las posibilidades para que tu exploración llegue a buen término. El objeto está ahí, sólo hay que insistir en el registro y esperar a que aparezca. Ahora bien, si permites que el miedo a la pérdida te invada, el anhelo dará paso a la ansiedad y esta al desasosiego y la angustia ¿Has intentado alguna vez buscar algo en este estado? Supongo que sí. Es agotador. Revisas diez veces el mismo lugar, el pulso se te acelera, todo parece inútil, el pesimismo te abrumba, los sentidos te engañan y la inseguridad te desorienta. Dos caminos y una misma meta. Uno te aleja, y el otro te revela un dulce final.

La senda hacia la Felicidad es muy parecida al reco-

rrido que debe transitar el loto antes de florecer. Germina en el fondo enfangado del estanque, y se eleva hasta la superficie, intuyendo, desde su nacimiento que sus pétalos servirán de ofrenda a los primeros rayos de sol.

Un poema de **Frederick Leboyer**, publicado en su libro **Shantala** lo ilustra a la perfección:

*En el barro es donde el loto tiene sus raíces,
en las aguas turbias, podridas, en donde crece
irresistiblemente atraído por esa luz
que ignora pero presente
y que tira de él y lo atrae y lo alza
y lo obliga a subir
y que, súbitamente, encuentra
cuando llega a la superficie,
la atraviesa.
Entonces, glorioso, se abre, se expande,
y, cegado, deslumbra a todos
con su indecible resplandor.*

—Entonces, ¿sí crees en la existencia de la felicidad?

Ir tras ella da sentido a nuestra vida, y a veces percibimos destellos que nos permiten vislumbrar la ‘tierra prometida’. Sin embargo, la vida, tal y como la conocemos, es incompatible con ese estado perenne de felicidad que tanto anhelamos. Para que no olvidemos esto nació **Némesis**, hija de la **Oscuridad** y de la **Noche**, y responsable de recordar a los humanos que no han nacido para alcanzar tal dicha. Podemos rozarla un instante, pero nunca poseerla... esto nos convertiría en dioses, alejándonos del camino. **Némesis** fue la encargada de castigar a **Narciso**, enamorado de su propia belleza, y lo hará con todo aquel que caiga en desmesura o ‘exceso de felicidad’, un don reservado sólo para los dioses.

La mitología nos narra ejemplos de personajes que tuvieron que pagar cara esta desmesura: tanto el codicioso rey **Midas**, como el alado **Dédalos** simbolizan el peligro que entraña desear en vida cualidades divinas.

Dicho esto, te daré una buena noticia, pero en voz baja, para que ni siquiera los recelosos dioses se enteren: al hacernos a su imagen y semejanza, los creadores han reproducido en nuestro ADN el germen de la Felicidad.

—Vaya ¡Todo un tesoro genético! Pero, ¿cómo consigo hacerme con él?.

Let it be, como dirían los Beatles, y desciende a las profundidades de ti mismo. Aunque, siguiendo con las citas, encuentro la del filósofo danés, **Sören Aabye Kierkegaard**, muy acertada: *La puerta de la felicidad se abre hacia dentro, hay que retirarse un poco para abrirla: si uno la empuja, la cierra cada vez más.*

Un pequeño cuento Zen nos da otra pista:

Un sabio gato observa cómo su cachorro trata de agarrarse la cola

-¿Por qué lo haces?, le pregunta.

-“Porque quiero ser siempre feliz, y me han dicho que la felicidad está en la cola”, responde.

-“Yo también sé que mi cola es la felicidad, replicó el gato, pero me he dado cuenta que cuando la persigo se me escapa y cuando simplemente hago lo que tengo que hacer, ella viene detrás de mí por dondequiera que voy”.

Habrás advertido que, con respecto a este tema, prefiero dejar hablar a los demás. Tiene sentido, porque, cuando uno dice que sabe lo que es felicidad, se puede suponer que la ha perdido; una esclarecedora frase

del autor de ‘El Pájaro Azul’, **Maurice Maeterlinck**; una deliciosa obra de teatro llevada al cine por **George Cukor** que narra el viaje ‘iniciático’ de dos niños en busca de la Felicidad.

—Observo algo de ambigüedad en tu dialogo.

Si así lo has apreciado es que has sabido interpretar bien ese cruce de opiniones contradictorias a las que hemos tenido que recurrir para remarcar tal ambigüedad. Filósofos, escritores y músicos han venido en nuestra ayuda para confirmar que ese estado idílico que ‘debemos buscar pero no encontrar’ es uno de los términos más ‘felizmente’ ambiguo de nuestro léxico. Gracias a esa indefinición ha sido, es y será; la herramienta de manipulación más eficaz en los ámbitos político —vivir feliz—, y religioso —morir feliz—.

Además de lo ambiguo, es un término que ha sabido aglutinar a su alrededor una enorme aureola de estupidez; no en vano el propio **Freud** llegó a entender sólo dos maneras de alcanzar la Felicidad:... *hacerse el idiota, o serlo*.

—Después de oír a tanto sabio confundido, confieso mi estúpida ignorancia al respecto.

Esta ignorancia a la que llamas estúpida es precisamente la causa del continuo brote de mercaderes del sufrimiento que intentan convertir nuestras ansias de conocimiento en jugosos beneficios personales, utilizando la Felicidad como moneda de cambio.

Y no van del todo desencaminados. El verdadero origen de nuestro descontento siempre es la ignorancia, responsable de todos los tormentos y, por supuesto, de nuestra constante insatisfacción. La confusión viene

cuando intentamos elegir acertadamente los conocimientos que deben saciarla, un saco lleno de mercancía lista para quien la quiera comprar: cada religión vende la suya, al igual que cada maestro, gurú, líder, guía, profeta o charlatán.

—Pero, ¿ignorar qué?

La ignorancia nace de la obsesiva confusión entre ser y estar, entre tú y tu personaje. Su germen se encuentra en la propia existencia de ese ente etéreo al que denominamos ‘YO’.

Esta estructura mental a la que solemos llamar ego, y su manifestación física, viven a merced de un sinnúmero de condicionantes que determinan su existencia: ADN, padres, entorno, educación, salud, alimentación y, hasta, si quieres, las influencias cósmicas... Cada una de ellas es objetivo de estudio de disciplinas especializadas: Genética, Psicología, Sociología, Medicina, Nutrición o, para algunos, Astrología.

Ahora... piensa un instante en lo arduo que sería intentar conocer con detalle el origen de cada una de nuestras limitaciones: factores genéticos negativos, influencia de nuestros padres, predisposición hacia algunas enfermedades, miedos, adoctrinamiento... ¿De verdad crees que para ser feliz es necesario asumir tanta sabiduría? ¿No será, precisamente, el exceso de información una de las causas de la infelicidad? El Oráculo de Delfos nunca ocultó su predilección por **Sócrates** a la hora de elegir al hombre más sabio de Grecia, precisamente aquel que reconocía que no saber nada era la fuente de su sabiduría. En función de ello dio cuerpo a la **mayéutica**.

—La verdad te hará libre ¿Lo has escuchado antes?

Sí, pero ¿qué verdad?, ¿la de quién?, ¿qué criterios utilizamos para valorar cada ‘verdad’?. Es un largo camino de confusión imposible de recorrer en el corto lapso de una vida humana. El ego se complace en la búsqueda y el descubrimiento de soluciones, hasta que advierte que detrás de cada una de ellas se esconde otro enigma. Cada puerta que abrimos nos conduce a un nuevo espacio desconocido con nuevas e innumerables puertas cerradas.

El camino del conocimiento es demasiado largo para nuestros zapatos, solo descalzos seremos capaces de recorrerlo. Esto implica desligarnos de nuestras ataduras temporales y comprender finalmente que nosotros mismos formamos parte de ese universo que se nos antoja tan lejano.

El ser humano, como especie, ha emprendido ese camino, y no cesará en su empeño hasta obtener la liberadora omnisciencia, diluyendo así la distancia que le separa de Dios. Una sutil fusión entre ciencia y religión le ayudará a ello. Sin embargo, la senda temporal del individuo, más corta y reducida, se nos antoja insuficiente para emprender tal hazaña. De ahí que tengamos que recurrir a peligrosos atajos.

Para **Platón**, que ya advertía sobre lo inútil que llega a ser el conocimiento si no se encamina de forma adecuada, sólo se trata de recordar (anamnesis), ya que *el alma es eterna pero de frágil memoria*, decía.

Por si estas limitaciones fuesen pocas, nos encontramos bajo la tiranía de la palabra, método por el cual transmitimos nuestros pensamientos: nos ayuda a estructurar una imagen de lo intangible. Las utilizamos para alcanzar un conocimiento al que no tenemos acceso de forma experimental. Si no conoces el mar sólo puedo hacer dos cosas para que tu mente reconozca su existencia: te llevo

a una playa para que lo descubras por ti mismo, o intento transmitirtelo verbalmente mi propia experiencia, con toda la carga de interpretación personal que esto implica. Aun así, nunca podré hacer que percibas las sensaciones que acompañan esta visión limitada del mundo: sus olores, sabores, el sonido de las olas golpeando las rocas, o el simple roce de la brisa. Tu mente construirá una idea muy sesgada de la realidad, de la verdad.

Furyu Monji es un interesante concepto relacionado con el Zen que recuerda la incapacidad de las palabras para transmitir cualquier conocimiento profundo .

En su empeño por vencer las limitaciones del verbo, el hombre ha desarrollado la técnica. Ahora podemos trascender el lenguaje humano y proyectar el pensamiento a través imágenes, sonidos y hasta olores que digitalizamos para superar las barreras de tiempo y espacio.

—¿Quieres decir que debemos aceptar, sin más, toda nuestra ignorancia?

—De ninguna manera. Aunque aceptar es una bonita palabra, prefiero sustituirla por comprender. Primero comprendes y después aceptas. No olvidemos que el cerebro es un constante devorador de información, que necesita para cumplir su gran encomienda: sobrevivir.

Lo explicaré de otra forma: a través de varios mecanismos metabólicos todo lo que consumimos se convierte en energía que utilizamos en nuestros procesos vitales; el cuerpo aprovecha este combustible y lo transforma en fuerza, desechando lo que no necesita. Este ciclo renovador y vital solo finaliza tras la muerte física ya que de la falta o el exceso de consumo devienen las enfermedades y el deterioro orgánico.

Al igual que la comida es alimento para nuestro sis-

tema biológico, la información lo es para la mente y por ende, para su vehículo físico, el cerebro. Su supervivencia depende de la asimilación constante de datos que le permiten ubicarse dentro del mundo que le rodea y comprender lo que sucede a su alrededor; una información que debe administrar de forma correcta.

Lo que sí debemos aceptar son nuestros límites, y este órgano vital los tiene, de ahí su fragilidad ante la manipulación psíquica y perceptiva. La necesidad de comprender los mecanismos que le rigen y condicionan debe tener prioridad sobre su voracidad cognitiva.

Los frios y estáticos datos que inundan un ordenador sólo encuentran sentido cuando son relacionados programáticamente y se utilizan con un propósito definido. Por sí mismos, no dejan de ser un montón de símbolos inertes sin interés alguno.

La verdad NO es sinónimo de información, sino una gestión adecuada e inteligente de la misma. Esta relación ficticia no deja de ser una trampa más de quienes pretenden condicionar nuestra conducta.

—Bueno, creo que está bien de información por hoy. Ha sido una extensa entrevista que podríamos continuar pronto.

Ya que las **Moiras** han querido enhebrar nuestro destino, no dejemos que el caprichoso **Cronos** decida por nosotros; dicho en otras palabras: cuando decidas reiniciar el diálogo... te estaré esperando, tus dudas siempre serán mi alimento.

—En verdad, no sé si he conseguido aclarar mis ideas después de este primer encuentro o, por el contrario, ha aumentado aún más mi nivel de confusión.

Para aclarar las ideas seguro existe algún método más eficaz que el de sumergirte en este torbellino de palabras. Puedes recurrir a libros de auto-ayuda, charlas o cursos donde encontrar tu verdadero ser, de donde vienes y adonde debes ir. Conseguirías ser mejor, al menos, mientras te dure la resaca.

No pretendo quitarle protagonismo a la oscuridad iluminando tus dudas. Por el contrario, me gustaría haber llenado de incertidumbre tus certezas, de sospechas tus verdades, y de recelo tu realidad. La certeza es nuestro peor enemigo.

Tampoco ha sido mi intención diluir tu ostentada ignorancia con respuestas liberadoras, Dios me libre. En realidad, es en la pregunta, y no en las respuesta, donde debemos buscar la llave maestra de nuestras dudas. La confusión no deja de ser el primer escalón hacia la sabiduría.

Recuerdo una pequeña enseñanza; si es que hay enseñanza pequeña: Un alumno reprochaba a su maestro:

—Siempre que pretendo aprender algo me narras un cuento, pero nunca explicas su significado.

—Si un día te ofreciese una manzana —contestó—, ¿te gustaría que la masticase antes de entregártela?

Como la oruga de **Alicia**, hemos empezado hablando de abejas y terminado haciéndolo de cocodrilos. Tú eres tu, yo soy yo, y entre ambos hemos intentado revelarnos contra las ataduras del lenguaje.

Para diluir esta dualidad nos falta aún algo más de diálogo. ►

Imágenes

En busca del océano,
el río recorre innumerables caudales,
nace del limpio y cristalino manantial
ignorando su destino,
pero fluye en busca de ÉL
intuyendo que, en el FINAL
estará su PRINCIPIO.

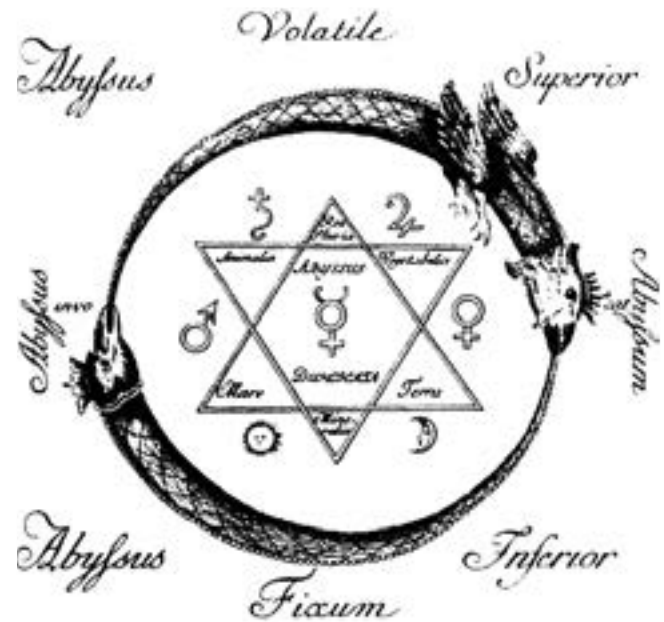
Aprende de cada piedra,
de cada rama, de cada escollo superado.
Arrastrarlos, estancaría su recorrido,
pudriría sus aguas.

Cumple así su voluntad,
tanto en el cielo como en la tierra,
fortaleciendo al mar
con su inmensa carga
de vida y energía.

Sólo en ese momento
tomará consciencia de que forma parte
de un maravilloso ciclo
que une TODA la existencia.

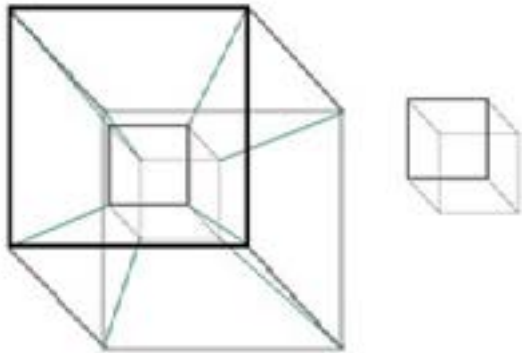
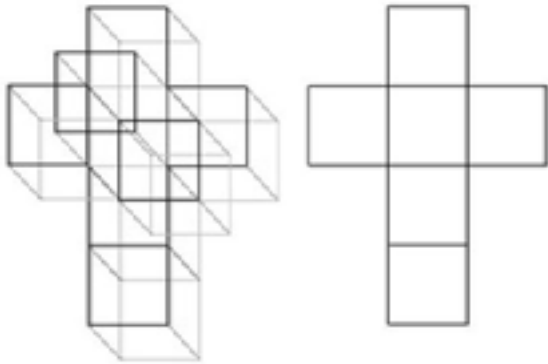
Ese es su compromiso... su razón de ser.

WXYZPTLK



HIPERCUBO

Tercera y Cuarta dimensión

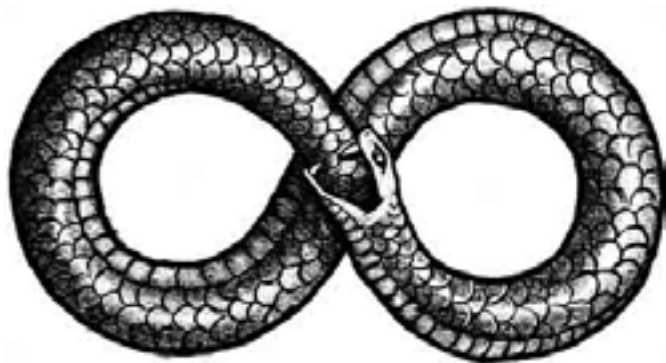


Corpus Hypercubus

Salvador Dalí (1904-1989)



URÓBOROS



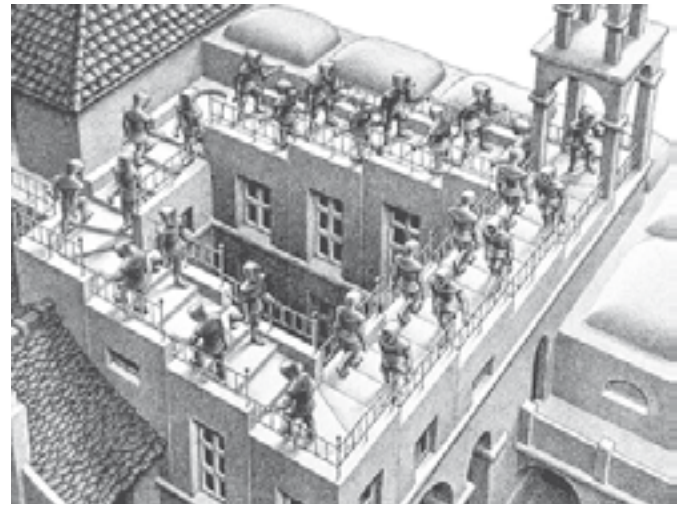
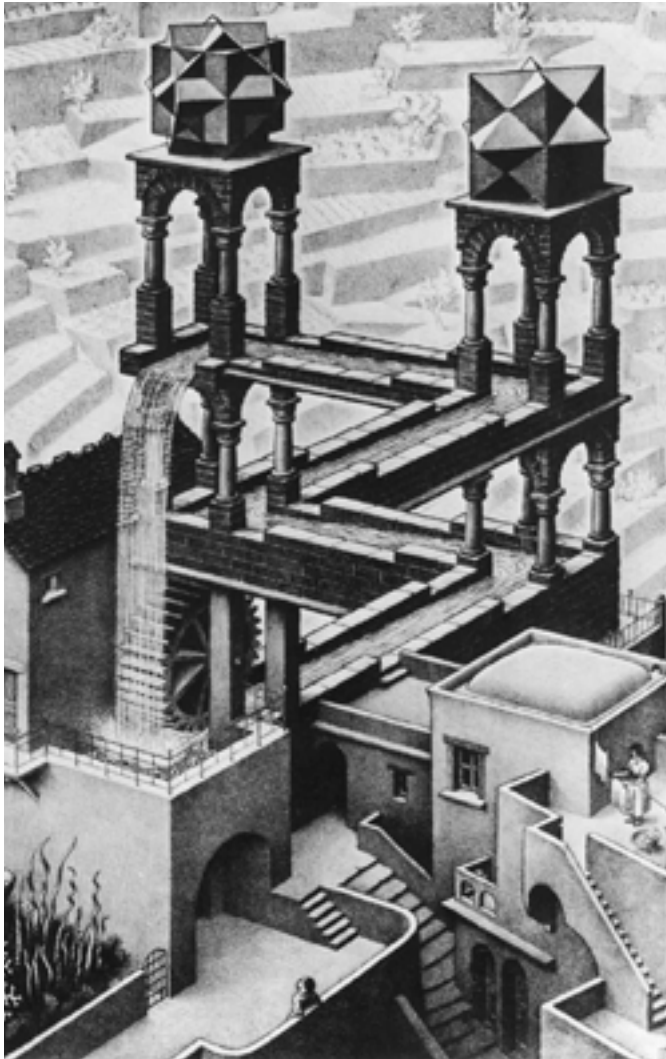
PARCAS / MOIRAS

Cloto, Láquesis y Átropos



PARADOJAS GRÁFICAS

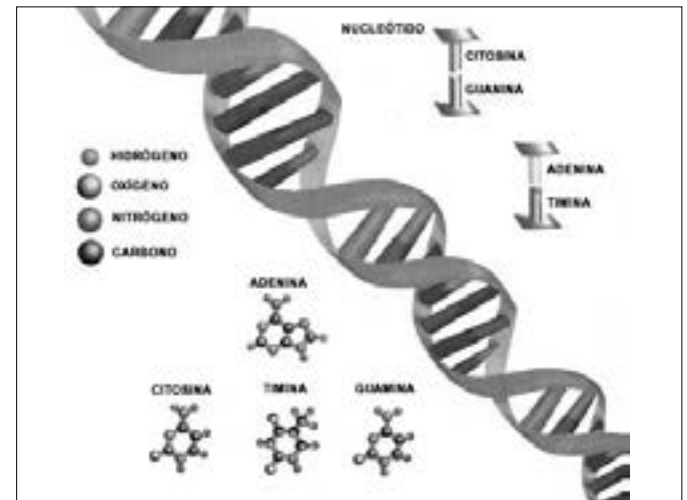
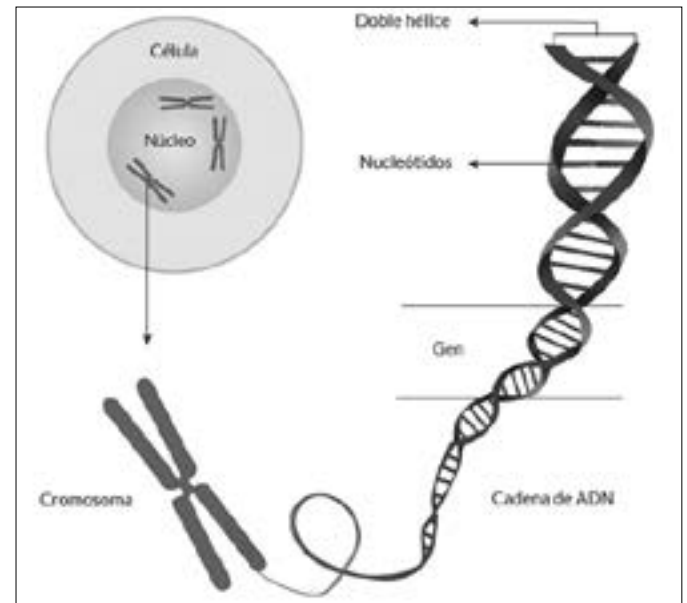
Maurits Cornelis Escher (1898-1972)



HERMES / MERCURIO
 MENSAJERO DE LOS DIOS
 Hijo de Zeus y Maya



ESTRUCTURA DEL ADN



GESTALT

EL TODO ES MAS QUE LA SUMA DE SUS PARTES
Ley del Enmascaramiento



GESTALT

VISIONES DEL QUIJOTE
Octavio Campo





En todas las cosas, la uniformidad es un defecto. Es interesante dejar algo incompleto... y por terminar; así se tendrá la sensación de que mediante la imperfección se prolonga la vida de los seres.

Kenko Yoshida
TSUREZUREGUSA

CONOCIENDO A

M X Y Z P T L K

“El ser humano ha inventado la mitología para justificar su ignorancia acerca de ese ‘todo’ al que llama existencia. Dioses, a su imagen y semejanza, en los cuales delegar la responsabilidad de aquello que no es capaz de comprender, que excede a su nivel de interpretación.”



“La verdad NO es sinónimo de información, sino una gestión adecuada e inteligente de la misma. Esta relación ficticia no deja de ser una trampa más de quienes pretenden condicionar nuestra conducta.”

“Es en las preguntas, y no en las respuestas, donde debemos buscar la llave maestra de todas nuestras dudas. La confusión, no deja de ser el primer escalón hacia la certeza.”

“Me encanta decir que la culpa la tuvo Eva, que no es más que el símbolo de nuestro gen menos conformista. Fue ella quien, de un mordisco, dio la señal de partida a una larga carrera de obstáculos cuya meta se encuentra en el mismo punto de salida.”

